



**FACULTAD DE TEOLOGÍA
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD**

TRABAJO FIN DE MÁSTER

INSPIRACIÓN APOSTÓLICA DE IGNACIO DE LOYOLA

Presentado por:

P. NELSON MANUEL PEÑA ANTIL, S.J.

Dirigido por:

PROF. L. D. LUIS MARÍA GARCÍA DOMINGUEZ, S.J.

MADRID 2016



**FACULTAD DE TEOLOGÍA
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD**

INSPIRACIÓN APOSTÓLICA DE IGNACIO DE LOYOLA

Visto Bueno del Director

Prof. L. D. Luis María García Domínguez, S.J.

Fdo

Madrid-Junio 2016

Índice

Índice	3
Abreviaturas	5
Introducción	9

Capítulo I

Iñigo de Loyola: El peregrino llamado por Dios para “ayudar a las almas”.

1.1. Breves antecedentes históricos y familiares de Iñigo.....	14
1.2. De Loyola a Manresa (1521- 1522).....	15
1.2. 1. La Ilustración del Cardoner.....	18
1.2. 2. Iñigo el peregrino.....	20
1.3. De Jerusalén a Salamanca (1523- 1527).....	22
1.3. 1. Un alto en el camino.....	26

Capítulo II

Inspiración apostólica de Ignacio a los primeros compañeros.

2.1. Tiempo de estudios en París y los primeros compañeros (1528- 1534).....	29
2.2. La visita a Azpeitia (1535).....	32
2.3. En Venecia (1536- 1537).....	33
2.3. 1. Consolidación del grupo de los primeros compañeros.....	35
2.3. 2. Visión de la Storta.....	37
2.4. En Roma (1538- 1540).....	38
2.5. Deliberaciones de 1539.....	40

Capítulo III

La inspiración apostólica recogida en las fuentes ignacianas.

3.1. Las cartas.....	44
3.2. Los Ejercicios espirituales.....	48
3.3. La autobiografía.....	54
3.4. El Diario espiritual.....	56

Capítulo IV

La institucionalización del carisma apostólico de la Compañía de Jesús.

4.1. La Fórmula del Instituto.....	60
4.2. Las Constituciones.....	67
Conclusión.....	81
Bibliografía.....	85

Abreviaturas.

<i>Au</i>	Autobiografía de San Ignacio de Loyola.
<i>Co</i>	Constituciones de la Compañía de Jesús.
<i>De</i>	Diario espiritual de San Ignacio de Loyola.
<i>Ej</i>	Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.
<i>Epp</i>	Epistolae et Instructiones Ignatii Loyolae.
<i>FI</i>	Fórmula del Instituto.
<i>F39</i>	Fórmula de 1539: aprobada “viva voz” por Paulo III.
<i>F40</i>	Fórmula de 1540: aprobada por bula <i>Regimini Militantis Ecclesiae</i> del Papa Paulo III.
<i>F50</i>	Fórmula del Instituto de 1550: nueva confirmación en la bula <i>Exposcit Debitum</i> del Papa Julio III.
<i>MHSJ</i>	Monumenta Histórica de la Compañía de Jesús.
<i>FD</i>	Fontes Documentales de santo Ignatio de Loyola.
<i>FN</i>	Fontes Narrativi de santo Ignatio de Loyola.
<i>MScripta</i>	Scripta de Soneto Ignacio de Loyola.
<i>MCo</i>	Monumenta Constitutionum.
<i>Chron</i>	Vita Ignatii et rerum Societatis Iesu historia.
<i>Summ Hisp Polanci</i>	Sumario de las cosas más notables a la institución y progreso de la Compañía de Jesús de Polanco.
<i>MBob</i>	Monumenta Bobadillae.
<i>MNad</i>	Monumenta Natalis.
<i>M.Rib</i>	Monumenta Ribadeneira.
<i>DEI</i>	Diccionario de espiritualidad ignaciana.

"...queriendo nuestro Señor ayudar a su Iglesia, usa este modo: excita a un hombre dándole una especial gracia e influjo con que le sirva en modo particular, como lo hizo con S. Francisco, a quien dio una gracia eficaz con que se ayudase a sí y a los otros para el fin que somos todos criados; y así juntándose se hizo un cuerpo y congregación con aquella propiedad y particularidad de gracia, la cual se dice una particular religión; y así de todas las otras. De la misma manera excitó Dios al P. Maestro Ignacio comunicándole una gracia y mediante él a nosotros, la cual seguimos, y nos regimos según ella; y éste es nuestro particular modo en que diferimos de los otros religiosos, y es menester que nosotros lo sintamos así y gustemos; pero los otros religiosos no es menester que lo sientan, porque tienen su modo particular, al cual es menester que sigan".

MNad V, 37; Cf. FN II, 137.

Introducción.

Cuando nos referimos a la vida y la historia de la Compañía de Jesús nunca podemos omitir a su fundador y su legado. Es por ello que acercarse a la vida de Ignacio de Loyola se convierte en un imperativo para quienes buscamos conocer el espíritu que mueve a la Compañía. En la historia muchos escritores: jesuitas, religiosos (as) y seglares han buscado acercarse al peregrino porque se han sentidos atraídos por su figura o por su pensamiento.

Por otro lado, el Concilio Vaticano II (1962- 1965), ya en nuestros días, animó a la vida religiosa a una profunda renovación. Incluso en uno de sus textos, llamado *Perfectae caritatis* -junto con hacer un reconocimiento al valor de la vida consagrada- planteó la necesidad de una renovación y adaptación a los nuevos tiempos pero sin perder su esencia. Para hacerlo era necesario retornar a las fuentes e inspiraciones originarias de los Institutos.

Mi motivación para elaborar este escrito titulado *Inspiración Apostólica de Ignacio de Loyola*, trata de recoger lo anteriormente expresado: abordar un tema de interés personal y retornar a las fuentes del carisma que nutre mi propia vocación jesuita. Enfrento este desafío con la conciencia que no tengo todas las habilidades ni las destrezas intelectuales necesarias para abordar un trabajo acabado sobre San Ignacio y su legado. Sin embargo me he atrevido a acercarme a su figura desde una óptica particular: la dimensión apostólica.

Desde dicha óptica, buscaré dialogar con otras muy propias de su experiencia de fe, como son la espiritual y la corporativa. Para llevar a cabo este cometido iniciaré el

relato dando alguna información general de la biografía de Ignacio y terminaré recogiendo las fuentes originales que nutren el carisma apostólico de la Compañía hasta nuestros días.

Antes de comenzar la lectura quisiera enunciar los objetivos y la metodología empleada en esta investigación.

El primero objetivo es dar cuenta de la experiencia religiosa que vive Ignacio desde Loyola hasta Roma. Para ello quisiera ilustrar, a lo largo de estas páginas, en qué consiste esa experiencia y cómo ella condiciona su vida y sus opciones vitales.

Segundo, evidenciar cómo la gracia recibida por el peregrino, en Manresa, de *ayudar a las almas* se convierte, paulatinamente, en uno de los ejes centrales de su entrega a Dios. La cual es el reflejo de la vinculación de su experiencia espiritual y apostólica que, en los distintos lugares donde él peregrina, se convierte en inspiración para otros (primeros compañeros, colaboradores, etc.), para vivir su fe en la Iglesia siguiendo su ejemplo. En este sentido trataré de mostrar cómo sus palabras, sus escritos, pero sobre todo su testimonio movieron y mueven a muchos a consagrar su vida a Jesús y su Evangelio.

Por último, me interesa acercarme a los escritos más significativos de Ignacio que han llegado hasta nosotros. Porque ellos recogen su original experiencia de Dios (las cartas, los ejercicios espirituales, la autobiografía y el diario espiritual) y sus esfuerzos por institucionalizar y consolidar esta inspiración del Espíritu (Fórmula del Instituto y Constituciones). Lo hago con la certeza que acercarnos a dichos textos nos pueden ayudar a beber de esa espiritualidad tan propia del Maestro Ignacio y posteriormente de sus primeros compañeros.

La metodología usada en esta investigación consistirá en acercarme, en un primer momento, a los textos fundacionales (la mayoría recogidos en la Monumenta Historica de la Compañía de Jesús); algunos de ellos están a la base de este escrito.

En un segundo momento me adentraré en la lectura de varias biografías modernas escritas sobre la figura y el legado de Ignacio de Loyola. Esto con la idea de ampliar mi conocimiento de su itinerario espiritual y apostólico.

En un tercer momento, para explicitar, iluminar y profundizar algunos temas expuestos acudiré a diversos textos, de varios escritores contemporáneos, más específicos; los cuales se indican en la bibliografía.

Una de las dificultades que encuentro al abordar este trabajo es que muchos de los textos están escritos en latín o en un *español* antiguo; cuestión que hace más esforzada mi investigación. Sin embargo, hay varios textos que han sido transcritos durante los últimos años y creo que serán de gran ayuda. En este sentido las obras completas de San Ignacio, el Diccionario de Espiritualidad Ignaciana y la colección Manresa tendrán, para mí propósito, un enorme valor.

El presente trabajo consta de cuatro capítulos:

El primero recibe el nombre de *Iñigo de Loyola: el peregrino llamado por Dios para ayudar a las almas*; aquí la pretensión es acercarse a la vida de Iñigo y de su experiencia espiritual, que lo movió al servicio y a la entrega radical a Dios. El segundo está titulado como *Inspiración apostólica de Ignacio para ayudar a las almas*; en esta parte del trabajo buscaré mostrar en qué consistió su peregrinación y cómo su testimonio inspira a otros en el seguimiento del Señor (sobre todo nos interesa dar cuenta de la atracción que generó en el grupo de los primeros compañeros). El tercero busca recoger, desde el punto de vista apostólico, los relatos que reflejan su vivencia de la fe, este capítulo recibe el nombre de *La inspiración apostólica recogida en las fuentes ignacianas*. Por último, en el cuarto capítulo, se pretende hacer una reflexión sobre los textos que se convirtieron posteriormente en legados del nuevo cuerpo apostólico; a éste lo hemos llamado *La institucionalización del carisma apostólico de la Compañía de Jesús*.

La fundación de la Compañía de Jesús marcó un nuevo modo de vivir la fe en la Iglesia. A la valorada vida contemplativa y al modo de vivir evangélico de las órdenes mendicantes, con momentos para la oración y otros para la acción, se suma el carisma que nace con Ignacio de Loyola en el Cardoner; el de los *contemplativos en la acción* como lo presentará Nadal a las primeras generaciones de jesuitas (“*Simul in actione contemplativus*”, EN V, 162).

Para acercarnos a dicha moción del Espíritu los animo a iniciar la lectura de estas páginas.

Capítulo I

Iñigo de Loyola: El peregrino llamado por Dios para “ayudar a las almas”.

“La forma de la Compañía está en la vida de Ignacio...”

MNad V- I, 268 y 287.

Para comenzar a entender en qué consiste la inspiración apostólica de Ignacio de Loyola, en la fundación de la Compañía de Jesús, es necesario tener algunas referencias de su vida, de su conversión y de su experiencia de Dios. De esta forma podremos dimensionar cómo el *peregrino* [Au 15. 39. 42] se sintió llamado por su *Criador y Señor* [Cf. Ej 23] para “*ayudar a las almas*” [Cf. Au 26. 45. 50].

Usaré, para dar mayor continuidad y coherencia a este escrito, una línea cronológica¹. Hacerlo nos permitirá vislumbrar la evolución humana, espiritual y apostólica de Ignacio de Loyola. Sólo así podremos descubrir el designio de Dios en su vida y cómo, posteriormente, logró inspirar apostólicamente a sus primeros compañeros.

Me gustaría, antes de iniciar este recorrido, precisar que me referiré en gran parte de este capítulo al fundador de la Compañía de Jesús con el nombre de Iñigo no de Ignacio; este último recién apareció el año 1535 en uno de los registros de la

¹ Para tal efecto ocuparé principalmente el texto de la *Autobiografía* (la cual es considerada una de las fuentes fundamentales de la espiritualidad ignaciana) para conocer la persona y el carisma del fundador de la Compañía- ella me servirá como columna vertebral de este capítulo. Dicho texto, lamentablemente tiene una limitante histórica: resume toda la vida de Iñigo antes del cañonazo en Pamplona, en el año 1521, con una simple frase: “Hasta los 26 años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra”... [Au 1]. Por lo mismo veo la necesidad, por una parte, de ir a las fuentes ignacianas y, por otra, tomar como referencia algunas biografías modernas que consideren dichos antecedentes históricos y familiares, que son necesarios para hacernos una impresión general de su vida desde la clave apostólica.

Universidad de París como el nuevo maestro de Artes: “Dominus Ignatius de Loyola, dioecesis Pampilonensis”². Junto con lo anterior me gustaría señalar que en muchos momentos de mi presentación, hablaré de él como *el peregrino*; término que aparece con mucha fuerza en el libro de la *Autobiografía* escrita por Luis Gonçalves Da Cámara entre los años 1553 y 1555³. Dicha autodefinición es clave en el recorrido del relato, incluso ocupa en el texto 77 veces, y no está referido solamente a su peregrinar físico (de Loyola a Jerusalén o de Jerusalén hasta Roma) sino sobre todo a su peregrinar espiritual.

Antes de explicar más detenidamente en qué consiste su peregrinar es preciso dar algunos rasgos generales de los orígenes de este hombre que fue descubriendo en su vida, paulatinamente, la voluntad de Dios.

1.1. Breves antecedentes históricos y familiares de Iñigo.

Iñigo López de Loyola, hijo de Beltrán Yáñez y Marina Sáez de Licona, nace probablemente el año 1491. Es el menor de 13 hermanos y vivió hasta aproximadamente 1506 o 1507 en Loyola, en la casa de su familia (fuera del núcleo urbano de Azpeitia) rodeada de montañas, a los pies del Río Urola. Fue integrante de una familia religiosa católica tradicional perteneciente a la diócesis de Pamplona, la cual tenía el patronato de la Iglesia de San Sebastián de Soreasu donde probablemente fue bautizado; aunque no tenemos una partida de bautismo que confirme lo dicho, lo suponemos por la responsabilidad que tenía su familia con dicha parroquia y por ser el lugar donde sus padres realizaron su contrato matrimonial⁴.

Como la mayoría de las familias católicas tradicionales de su tiempo Iñigo adquirió de niño ciertas devociones, por ejemplo a la Santísima Virgen -dada su cercanía con la ermita de Nuestra Señora de Olatz y el Santuario de Aránzazu- y también a San Pedro y el mismo San Francisco que fueron tan importantes en su conversión y a los cuáles nos referiremos más adelante. Además sabemos que un

² MHSJ, *FD* 395.

³ DALMASES, C., *Obras completa de san Ignacio*, BAC, Madrid 2013².

⁴ *FD* 79-81

hermano suyo fue párroco en la Parroquia de Azpeitia y que el mismo Iñigo se habría referido a su fuero eclesiástico, cuando se vio envuelto en problemas serios junto a éste el año 1515⁵.

Dichos elementos, de su contexto familiar, son necesarios de considerar porque si no de lo contrario podemos hacernos la idea que Ignacio no tenía sensibilidad religiosa y por lo mismo no se sintió parte de la vida de la Iglesia de su tiempo. Me interesa, en este momento, dejar claro que Iñigo era un hombre creyente y que conocía ciertos elementos básicos de la fe, pero que al parecer -por los datos que tenemos- ello no influyó mayormente en su juventud.

A pesar de dichos antecedentes religiosos Iñigo no fue reconocido antes de 1521 (después del episodio de Pamplona) como una persona comprometida con su fe. Quizás su temprana partida a Arévalo en 1506 (07) y posteriormente a Nájera en 1517 fueron acentuando otras facetas en su vida, como por ejemplo la de *gentil hombre*.

Datos tenemos muy pocos sobre su juventud, uno de ellos es al que me referí anteriormente en 1515 –donde se vio envuelto en un proceso judicial por *ciertos excesos*⁶- y otro, es el permiso que tramitó para portar un arma ya que por un incidente fue amenazado de muerte⁷. Ambas situaciones son bastante complejas y ponen en evidencia el tipo de persona en que se había transformado. Desde ahí se puede entender, por su valentía y agresividad, que haya estado a cargo de un batallón de guerra en la batalla de Pamplona en el año 1521.

1.2. De Loyola a Manresa (1521 – 1522).

Iñigo fue herido gravemente por una bombarda en sus piernas el 20 de mayo de 1521. Él, junto a un puñado de hombres, se enfrentó a las tropas francesas en la defensa del castillo de Pamplona. La *Autobiografía* nos dice al respecto: “Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de se haber

⁵ *MScripta* 1, 581 – 586. 589

⁶ Cf. *FD* 235.

⁷ Cf. *FD* 259-261.

apoderado della, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente. Y después de haber estado 12 o 15 días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra” [Au 2a]. Quizás dicho relato esté mitificado, sin embargo “el valor de Iñigo, su papel de alma de la resistencia, ha quedado suficientemente acreditado sin necesidad de esta última suposición. Las cosas pudieron ocurrir de otro modo; al menos hoy sabemos con seguridad que la rendición efectiva de la fortaleza no se produjo sino el 24 de mayo”⁸.

Una vez en la casa de su familia empezó a empeorar tanto que se comenzó a llamar a los médicos y cirujanos para volver los huesos a su lugar. Sin embargo a pesar de esa primera intervención siguió mal, tanto que “iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de San Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte” [Au 3].

La personalidad del joven Iñigo aparece, en este momento, en todo su esplendor: su valentía, su tozudez, su religiosidad básica, su fortaleza... pero sobre todo su narcisismo y vanidad. Desde ahí se entiende que una vez recuperado estuviese dispuesto a volver a martirizarse, por segunda vez, “porque los huesos les habían quedado mal soldados, cuestión que hacía que una pierna le quedara más corta” [Cf. Au 4]. A pesar de esta nueva carnicería Iñigo se fue sintiendo cada día mejor de salud y comenzó un proceso lento de recuperación. Fue en ese momento cuando pidió libros de lecturas: “Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de Caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; más en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y “sí le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance” [Au 5b]. Con la lectura, de dichos textos, y sus largas horas de meditación se dio inicio a un tiempo nuevo en la vida de Iñigo; comenzó, de esta forma, un proceso profundo de conversión que marcará toda su vida. Además, lentamente, irá haciéndose consciente de la necesidad de compartir con otros

⁸ TELLECHEA, J., *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Sígueme, Salamanca 2009¹¹, 89.

lo que comenzaba a descubrir como buena noticia para su vida. Es interesante constatar, sobre este último punto, que cuando comienza a experimentar la presencia de Dios, por medio de la lectura, se ve movido a contar eso especialmente a los de su casa. La *Autobiografía* nos dice que: “perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas” [Au 11]. Acá hay un germen en lo que en el tiempo se convertirá en un distintivo de su vocación y servicio: la conversación espiritual.

Otro indicio que tenemos de la nueva vida de Iñigo es lo que contemplamos en su visita a Monserrat, ya una vez recuperado: “la víspera de nuestra Señora de Marzo en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de nuestra Señora” [Au 18a]. Es interesante, en este relato, contemplar cómo en su horizonte religioso -todavía incipiente- empiezan a aparecer los pobres, que con el tiempo se convertirán en otro eje central de su futura vocación.

El proceso de Manresa, donde Iñigo estuvo cerca de un año volcado principalmente en la oración y la penitencia, le ayudará a poner en su horizonte las primeras nociones de *ayudar algunas almas*. Cándido de Dalmases nos dice al respecto: “aparte de sus ejercicios de devoción, se dedicaba a las obras de caridad con los pobres y enfermos. Su principal apostolado era el de la conversación, con el que se cautivó la simpatía de los manresanos”⁹. Ello se manifiesta en los mismos relatos autobiográficos: “Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído” [Au 26]. Su vida, su testimonio de fe empezaron a generar, en las personas que le rodean, cierta empatía y admiración; por ello lo buscan porque se sienten ayudados por él.

Los once meses de la permanencia de Iñigo en Manresa lo marcaron profundamente. En ese lugar inició su vida penitente, donde empezó a ser visitado por diversidad de espíritus. Además comenzó a experimentar fuertes escrúpulos [Cf. Au 23]; incluso pensó en suicidarse... pero Dios nuevamente salió a su encuentro: “Quiso el

⁹ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid 2006, 48.

Señor que despertó como de un sueño” [Au 25b] y luego de este despertar “Dios lo trataba de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole”... [Au 27]. Dicha narración es clave en su proceso vital porque deja en evidencia la *rendición definitiva de Ignacio* y el triunfo de Dios en su vida para liberarlo.

Su proceso espiritual fue lento y en muchos momentos doloroso. Pero de a poco fue tomando distancia del personaje que había creado de sí para convertirse en una persona auténtica [Cf. Au 26- 27]. Para hacerlo primero tuvo que vencerse a sí mismo y su orgullo.

Recogiendo lo anteriormente señalado podemos afirmar con claridad que fue Dios quien lo sostuvo siempre, lo ayudó en los momentos más complejos y lo orientó en el camino de la vida espiritual.

1.2. 1. La Ilustración del Cardoner.

Una vez recobrada la calma Iñigo recibió frecuentes ilustraciones divinas y favores espirituales: la devoción a la Trinidad; a la creación; a la eucaristía; a la humanidad de Jesús. También allí vivió un episodio que lo toca profundamente: la ilustración del Cardoner¹⁰, el cual queda relatado de la siguiente manera: “y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino que entendiendo y conociendo muchas cosas tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas”... “de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasado los sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosa ha sabido, aunque las ayunte toda en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola” [Au 30]. En dicha ilustración Ignacio experimentó una profunda experiencia mística que lo acompañará toda la vida; en palabras de Polanco es “como si le hubieran desvelado los fundamentos de todas las cosas”¹¹. Los efectos que

¹⁰ Aparte del relato de la *Autobiografía* existen dos versiones distintas que avalan la importancia de este momento, por ejemplo: el relato de Láinez (FN I, 80) y el de Polanco (FN II, 526).

¹¹ FN, 240.

le trajo esa visión fueron una nueva mirada y una profunda experiencia de fe que lo abrió a un modo distinto de relación consigo mismo, con la creación y con Dios¹².

Iñigo, a partir de la eximia ilustración del Cardoner, le da un giro radical a su vida porque, en las gracias que recibe, nace su nuevo proyecto en el cual la *ayuda a las almas* comenzará a ser su motivación fundamental. Para el P. Elías Royón SJ., “el celo de las almas no es un efecto más, ni siquiera el más importante de esta gracia, es sencillamente el centro de gravedad sobre el que se apoyará en adelante toda su vida; alrededor de su centro y gravitando sobre él se hace unidad los demás efectos de la misma gracia; de ella nacerá no sólo una nueva vida, apostólica, sino también una orientación nueva de su vida interior”¹³. Desde esta perspectiva se entiende que la dimensión apostólica en Ignacio nace de una gracia divina que será esencial toda su vida. Dado que, según Nadal, “a partir de esta [ilustración] pasó a un deseo e inclinación insaciable de ayudar al prójimo, de modo que se esforzaba no sólo en aprovecharse él mismo, sino en hacer bien a los demás”¹⁴.

Iñigo sintió la necesidad de evidenciar lo que estaba viviendo en su interior y buscó comunicarlo a otros. Eso, a medida que transcurrió el tiempo se fue enfatizando porque “había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces dellas. Íbase allegando el tiempo que él tenía pensado para partir para Jerusalén” [Au 34].

Jerusalén era su horizonte más próximo, dado que Iñigo “deseaba cumplir unos propósitos hechos durante su convalecencia. No olvidaba que su partida de Loyola había sido como peregrino de Jerusalén. Había, pues, que dar cumplimiento al peregrinaje prometido entonces. ¿Y quién sabe si la voluntad de Dios se manifestará en Jerusalén, señalándole en aquella Tierra santa el principio y el centro de su futuro apostolado?”¹⁵.

¹² Dicha experiencia no se tradujo en términos de una mística sponsal, como por ejemplo en Santa Teresa de Ávila u otros místicos de su tiempo, sino como la del Maestro que instruye a un niño [Cf. Au 27b]. Más adelante Nadal se referirá a la mística de Ignacio como la de aquel que vivía en una constante unión con Dios, usando las palabras “contemplativo en la acción” (MNad V [81] 162).

¹³ ROYÓN, E., *La misión en la dinámica de los Ejercicios*, en GARCÍA LOMAS, J. (ed.), *Ejercicios y Espirituales mundo de hoy*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1991, 284.

¹⁴ FN II, 6.

¹⁵ GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola, nueva biografía*, BAC, Madrid 1986, 234.

Las gracias recibidas en el Cardoner se fueron convirtiendo en su horizonte espiritual y apostólico que lo marcará profundamente hasta el final de su vida. Con estas ilustraciones “quedó configurada para adelante la personalidad del peregrino Íñigo. En esas líneas se irá desarrollando la santidad de quién entregará a la Iglesia, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas, el tesoro precioso del carisma recibido con sus ejercicios espirituales y con el que dará origen a la fundación de la Compañía de Jesús”¹⁶.

El proceso de su segunda conversión, experimentado por Íñigo en Manresa, es decisivo en su dinámica personal. El texto escrito por Da Camara (la Autobiografía) nos permite vislumbrar ese proceso como una experiencia mística. Es decir, podemos ser testigos -a medida que leemos- de cómo Dios irrumpió en la vida de este hombre y lo fue moldeando profundamente, convirtiéndolo -paulatinamente- en un hombre profundamente espiritual y apostólico.

1.2. 2. Íñigo el peregrino.

Íñigo sale de Manresa en el año 1523 para continuar su peregrinación. Él se siente profundamente peregrino porque busca hacerse parte de una tradición profundamente cristiana y apostólica. En este caminar, primero solo y luego acompañado, su gran deseo era hacer lo que Dios le iba mostrando; proceso que no fue fácil porque no siempre coincidía con lo que él mismo pensaba; un ejemplo de ello tiene relación con su estadía en Jerusalén; este último punto lo desarrollaré más adelante.

Íñigo, el peregrino, recorrió cientos de kilómetros por alcanzar su ideal. Es sobrecogedor considerar cómo a pesar de su limitación física y del contexto social y político agitado de su tiempo haya transitado por tantos lugares. Por enumerar algunos de los caminos recorridos por este vasco durante su vida podemos considerar: Loyola, Montserrat, Manresa, Jerusalén, pasando por Roma y Venecia, Barcelona, Alcalá,

¹⁶ RUIZ JURADO, M., *El peregrino de la voluntad de Dios, biografía espiritual de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid- España, 2005, 46.

Salamanca, de nuevo Barcelona, París, Azpeitia (cuando regresó a su tierra por motivos de salud), Italia, etc. siempre movido por su deseo, que paulatinamente va purificando.

La primera claridad que tiene Iñigo, después de su primera conversión en Loyola, fue ir a Jerusalén y lo logra temporalmente, pero después el destino le fue abriendo nuevos horizontes. Aunque su deseo de permanecer en ese lugar se frustra, siguió en camino a medida que fue leyendo lo que Dios iba escribiendo en su corazón. Él no fue un vagabundo sino un peregrino porque sabía dónde quería ir; esa determinación es signo de la madurez que va adquiriendo en este caminar físico pero sobre todo espiritual.

Iñigo también es peregrino porque hace un camino de fe profundo e interior: pasa de ser un gentilhomme a convertirse en un peregrino; de un caballero idealista a un discípulo del Señor; del obstinado al que se deja conducir; del ciego al que busca mirar con los ojos de Dios; del solitario al formador de un cuerpo apostólico, etc.

Su peregrinación espiritual dura toda su vida y los documentos fundacionales de la Compañía¹⁷ dan muestra de este espíritu inquieto que buscó siempre la voluntad de Dios. Su Diario espiritual, los Ejercicios Espirituales y las cartas, por nombrar algunos, son reflejo de sus búsquedas y de su intimidad con el Señor.

Para Ignacio de Loyola ser peregrino es una actitud y un modo de estar en la vida; ello quedará, posteriormente, marcado en el corazón de sus compañeros de Roma, en las fuentes ignacianas y en todo el cuerpo de la Compañía. En otras palabras es el deseo de Ignacio de discurrir, de ir de un lado a otro, de disponibilidad, de búsqueda constante de la voluntad de Dios, etc. Deseo que nace de su propia experiencia, “cuando [él] sostiene que el cumplimiento de su misión le mantiene en una continua movilidad: busca el lugar donde tiene que servir —*ayudar a las almas* (Cf. *Au* 45, 50, 63-64,71,94,96)—, se dirige hacia donde ha de encontrar la mejor manera de hacer los estudios necesarios para su apostolado (Cf. *Au* 50, 56, 73), marcha a la búsqueda de medios para pagárselas (Cf. *Au* 76), hace largas caminatas con el fin de ganarse a un

¹⁷ En el próximo capítulo, de este escrito, abordaremos dichas fuentes desde la perspectiva que nos convoca. Solo, por ahora, las enunciamos.

hombre para Cristo o con el objeto de consolar a un compañero (Cf. *Au* 79,95). Siempre disponible al viento del Espíritu que sopla cuando quiere y donde quiere”¹⁸.

1.3. De Jerusalén a Salamanca (1523 – 1527).

Iñigo retoma su camino a Jerusalén, después de su periplo en Manresa, como un hombre renovado. Partió primero a Barcelona y luego a Italia donde recibió el permiso del Papa Adrian VI [Cf. *Au* 42- 43] y se embarcó, con su aprobación, a su destino soñado; estando ahí visitó con gran devoción los santos lugares [Cf. *Au* 45- 48]. “Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos, y también tenía el propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián, las cuales le dio, y le dijo su intención de quedar allí por su devoción, más no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía” [*Au* 45]. Lamentablemente, para Iñigo, no pudo conseguir el permiso para permanecer y se vio obligado a regresar... bajo pena de excomunión [Cf. *Au* 47 – 48]; pero su deseo de regresar en otro momento permaneció intacto.

Al llegar a Venecia inició un nuevo tiempo de su vida, porque decide ir a Barcelona para estudiar y así *ayudar a las almas*. Esa decisión fue fruto de un discernimiento realizado ante la incertidumbre de no poder permanecer en Jerusalén [Cf. *Au* 50].

En Barcelona (1524 – 1526), lo mismo que en Manresa, “todo su afán fue encontrar personas con quienes poder hablar de cosas espirituales”¹⁹. Sin embargo “ni en Barcelona ni en Manresa, por todo el tiempo que allí estuvo, pudo hallar personas que tanto le ayudasen como él deseaba, solamente en Manresa aquella mujer...” [*Au* 37].

En este tiempo es donde se fue encontrando con algunas que serían relevantes en todo su proceso posterior porque se convirtieron en grandes colaboradores de su

¹⁸ RAMBLA, J. M., *Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2015², 159.

¹⁹ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, cit, 60.

impulso formativo y apostólico. Por citar un caso emblemático podemos referirnos al encuentro de Iñigo con Isabel Ferrer y su esposo Francisco Roser, los cuales “decidieron invitar a su casa a aquel devoto peregrino. De sobre mesa le pidieron que les hablase de las cosas de Dios. Desde entonces quedó Isabel tan aficionada al peregrino, que se convirtió en su mejor bienhechora en Barcelona, París y Venecia”²⁰. Desde ese momento, Isabel, estuvo muy cerca de Iñigo y pendiente de sus necesidades espirituales y materiales.

El estilo de vida del peregrino y su deseo profundo de *ayudar a las almas* fue despertando en muchas personas admiración. Quizás, movidos por ese testimonio, se fueron acercando a él personas que buscaban acompañarlo e imitarlo en esa entrega. Es así como aparecen en este momento de su vida Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres; posteriormente Juan de Reinalde, el cual recibió el apodo de Juanico. Sin embargo “este primer grupo, que compartió también los procesos inquisitoriales de Alcalá y Salamanca y que probablemente tuvo unos serios vínculos afectivos, comenzó su disolución hacia 1528, con la partida de Ignacio a París”²¹.

Sus propósitos de dedicarse plenamente al estudio no podían frenar en el peregrino sus ansias de hacer el bien. “Sus actos de apostolado fueron, ante todo, el buen ejemplo; luego, las conversaciones espirituales las obras de caridad hacia los pobres y enfermos...”²². Tampoco “las monjas pudieron quedar fuera del alcance del celo de Iñigo. Tanto más respecto a ellas había otro elemento que estimulaba su celo: el deseo de contribuir a la reforma, tan necesaria, de los conventos”²³.

Iñigo se dedicó a la atención pastoral y a los estudios durante toda la época de Barcelona. Cuando terminó su segundo curso de latín, su maestro le dijo que ya podía estudiar artes o filosofía; para hacerlo Ignacio se dirigió a Alcalá.

En Alcalá estuvo en los años 1526 y 1527 donde estudió pero, sobre todo, se dedicó a sus quehaceres apostólicos: “estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana: y con esto se hacía fruto a gloria de Dios. Y muchas personas hubo, que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía

²⁰ *Ibíd.*, 61.

²¹ GARCÍA DE CASTRO, J., “Los primeros de París, amistad, carisma y pauta”, Manresa 78 (2006) 253 – 275).

¹¹ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, cit, 75.

¹² *Ibíd.*

²³ *Ibíd.*

hacer, como que le tuviesen la mano, y otras cosas símiles, que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adonde quiera que él declaraba la doctrina” [Au 57].

Era tanta su dedicación apostólica que “para encontrarse con Iñigo acudían al hospital personas de todas clases: mujeres casadas y solteras, hombres mayores y jóvenes, frailes y estudiantes... a todos éstos, a solas o en grupos que llegaron hasta ser de diez o doce personas, Iñigo los instruía en las cosas espirituales. Él llamó a estos ministerios: Ejercicios espirituales y también doctrina cristiana”²⁴. Aquellas reuniones y encuentros comenzaron a llamar la atención de las autoridades eclesiásticas que le acarrearían consecuencias negativas. En relación a esto último podemos decir que al poco tiempo comenzó a verse cuestionado en su doctrina y empezó su primer proceso frente a un tribunal eclesiástico. Al respecto el texto autobiográfico nos dice: “viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice: «veníos un poco conmigo». Y dejándole en la cárcel, le dice: «no salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa». Esto era en tiempo de verano, y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitalle; y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. No quiso nunca tomar abogado ni procurador, aunque muchos se ofrecían” (Au 60) El mismo relato sostiene que lo tuvieron en prisión diecisiete días sin ser examinado, hasta que al fin “vino Figueroa a la cárcel, y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacía guardar el sábado. Y si conocía dos ciertas mugeres, que eran madre y hija; y desto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido. Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: «esta era la causa porque sois aquí venido»... [Au 61] El peregrino estuvo 42 días en la cárcel, cuando se leyó su sentencia se le dijo que “fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fe dentro de 4 años que hoviesen más estudiado, pues que no sabían letras. Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más, y ellas eran con poco fundamento: y esta era la primera cosa que él solía decir cuando le examinaban” [Au 62].

Después de este tiempo en la cárcel se dirigió al arzobispo de Toledo, Fonseca, para poner las cosas en sus manos. Posteriormente halló al arzobispo de Valladolid quién le recibió bien y le facilitó su partida a Salamanca donde “tenía amigos y un colegio, todo le ofreciendo; y le mandó luego, en se saliendo cuatro escudos” [Au 63].

²⁴ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, cit, 82.

En julio de 1527 Iñigo llegó a Salamanca, donde “confesábase con un fraile de santo Domingo en san Esteban; y habiendo 10 ó 12 días que era allegado, le dijo un día el confesor: «los Padres de la casa os querían hablar»; y él dijo: «en nombre de Dios». «Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; más de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas» [Au 64]. Ese encuentro se convirtió, en un primer momento, en un interrogatorio. En un segundo momento en una confrontación de su doctrina «Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu santo. No por letras; ergo por Espíritu santo». Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias” [Au 65]. En un tercer momento lo retuvieron en su casa tres días pero ocurrió que estando en ese lugar “cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a velles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados” (Idem). Por último fue llevado a la cárcel pero al igual que en el monasterio siempre venían muchos a visitalles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios etc. [Cf. Au 67]. “En la cárcel: no podía hacerse a la idea de que le cerrasen la puerta para *aprovechar a las ánimas*, y esto por la sola razón que no había estudiado”²⁵.

Luego de ser interrogado se le pidieron sus papeles, que eran los ejercicios espirituales, y se inició un tiempo de examinarlos. Dos de sus compañeros también fueron apresados: Cáceres y Artiaga. El relato de la *Autobiografía* nos dice al respecto: “Y algunos días después fue llamado delante de cuatro jueces, los tres doctores, Sanctisidoro, Paravinhas y Frías, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los Ejercicios. Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios, más de teología, verbi gratia, de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos” [Au 68]. Sobre los ejercicios lo único que se le reflejó como sospechoso fue lo relacionado a los pecados veniales y mortales. Recién a los 22 días los llamaron a oír la sentencia la cual fue positiva “no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si

²⁵ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, cit, 84.

no fuese pasados 4 años, que huviesen más estudiado” [Au 70]. Iñigo acató la sentencia impuesta (dentro de los límites geográficos correspondientes).

Una vez, él y sus compañeros, fuera de la cárcel se “empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer. Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y de venial” (Idem). Luego de un par de semanas partió solo a Francia; aunque “todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor” [Au 72].

Estos episodios vividos por Iñigo fueron determinante en su vida porque le obligaron a tomar más en serio el tema de los estudios sino, de lo contrario, siempre tendría dificultades para dedicarse al apostolado que día a día iba tomando su corazón.

1.3. 1. Un alto en el camino.

La etapa de la vida de Iñigo, de Jerusalén a Salamanca, nos ayuda a vislumbrar en qué se fue traduciendo su deseo de *ayudar a las almas* y las dificultades que va encontrando.

Su deseo de aprovechar a las almas se ve reflejado en las frecuentes conversaciones espirituales que va teniendo con diversas personas (práctica que se había manifestado -aún de manera incipiente- en Loyola y Manresa). Además, en el fruto que consigue con sus lecciones de doctrina cristiana. Y en la práctica de dar los ejercicios espirituales a quienes pueden sacar provecho [Cf. Au 60], pero es bueno precisar que no con la sistematicidad y profundidad posterior.

Es interesante constatar que él nunca se alejó de los pobres, al contrario vivió como uno de ellos: muchas veces pidiendo limosnas y no teniendo un techo estable. Pero, además, sale en su defensa y se hace solidario con ellos dándoles de sus propios recursos como por ejemplo en Ferrara [Cf. Au 50] o en Alcalá [Cf. Au 57].

En este periodo, también, vemos cómo se comienza a acercarse a personas influyentes que le irán ayudando, en el futuro, en sus propósitos; un ejemplo de ello fue su cercanía con Isabel Roser [Cf. *Au* 52].

Sobre las dificultades que experimenta, en este periodo, podemos enunciar la tensión que vive el peregrino con su formación académica (moción central de su vuelta de Tierra Santa). En general descuida sus estudios para dedicarse a la acción pastoral.

También, en este tiempo, vemos la importancia que fueron teniendo los colaboradores que fue encontrando Iñigo en su peregrinar; este grupo estaba conformado por Calixto de Sa, Juan de Arteaga, Lope de Cáceres y Juan de Reinalde. Sin embargo hemos sido testigos cómo este primer grupo no prosperó en el tiempo y se deshizo con la partida de Iñigo a París. Al respecto podemos suponer, desde nuestra perspectiva, que la falta de institución; la poca formación; la falta de cohesión de grupo o no tener una mirada apostólica común influyó en su decisión. En otras palabras podemos sospechar que quizás les faltó reciedumbre espiritual y apostólica (lo vivido en la cárcel o con el tribunal inquisitorial al parecer los hizo replantearse sus deseos). O, tal vez, la amistad con el peregrino no era tan profunda espiritualmente como para partir a otros lugares desconocidos y emprender nuevas aventuras, etc. Independiente de la fuerza que puedan tener estas hipótesis sabemos, con exactitud, que este grupo no continuó en el tiempo; lo más probable que esta experiencia le dejó al peregrino una enseñanza que fue clave en la conformación del grupo de París. La suerte de los integrantes del primer grupo que giró en torno a Iñigo fue diversa. Juanico tras dejar a Ignacio se hizo fraile [Cf. *Au* 67]. Los otros después de vivir algún tiempo en casa de D. Diego de Eguía (que más tarde se convertirá en jesuita) siguieron nuevos rumbos.

Conclusión:

Lo expresado aquí muestra la evolución que va tomando Iñigo en su vida espiritual y apostólica. Deja, por un lado, de estar centrado en sí mismo y se va haciendo sensible al bienestar de su prójimo, a través de lo que conoceremos

posteriormente como los ministerios de la palabra y las obras de caridad. Y, por otro lado, va sorteando de buena forma las dificultades que va encontrando en su peregrinar.

Capítulo II

Inspiración apostólica de Ignacio a los primeros compañeros.

“Dios nos los puso como un ejemplo vivo de nuestro modo de proceder”

MNad V- I, 262.

2.1. Tiempo de estudios en París y los Primeros Compañeros (1528 – 1534).

Íñigo vivió en París en dos lugares distintos: en el Colegio de Monteagudo y en el Colegio de Santa Bárbara.

En Monteagudo compartió con algunos españoles [cfr. *Au 73*] y comenzó a estudiar humanidades porque se sentía con poco fundamento. Fue en este lugar donde, al poco tiempo, empezó a experimentar escases e incomodidad y se vio en la necesidad de pedir limosna para mantenerse [Cf. *Au 74*]. Por otro lado, como consecuencia de su mala alimentación comenzó a tener fuertes dolores de estómago, cuestión que se sumó a lo anterior. Todo ello llevó a que Íñigo no aprovechara de buena forma los estudios como se lo había propuesto.

El peregrino, en esta primera parte de su estadía, siguió su costumbre de dedicarse a las conversaciones espirituales y a dar los ejercicios [Cf. *Au 77*] los hicieron, entre otros: Peralta, el bachiller Castro y un vizcaíno de Santa Bárbara de nombre Amador; los cuales después de esa experiencia empezaron también a pedir limosna por París y a posar en el hospital San Jaques donde estaba el peregrino. Ello, con el tiempo, le acarrearía conflictos con algunas autoridades de la universidad quienes lo empezaron a considerar como un *seductor de estudiantes*.

Dada la vida que llevaba en Monteagudo, más sus constantes dolores de estómago y la lejanía de su lugar de estudios, fueron en desmedro de su formación académica; incluso dada las necesidades que padecía “pensó en tener un amo” (Au 74).

Para no verse en tanta escasez material acogió la recomendación de un fraile español que le dijo “que sería mejor irse a Flandes, y perder dos meses, y aún menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año” [Au 76]. Con esos recursos pudo trasladarse a un Colegio que le permitiera vivir más cómodo y así poder sacar mayor provecho de las letras. El lugar escogido por Íñigo, que a la larga sería providencial, fue Santa Bárbara.

Ya, en Santa Bárbara, inició la segunda parte de su estadía. Éste era un lugar más adecuado para profundizar en los estudios por el estilo de vida más holgado (en comparación al anterior), por la cercanía física con la Universidad y por tener las comodidades necesarias para cumplir su desempeño académico.

Íñigo comenzó a estudiar Artes con el Maestro Juan Peña pero se vio enfrentado a diversas tentaciones que lo distraían de sus quehaceres como estudiante. Al notar el poco provecho que estaba sacando de sus estudios se determinó, bajo promesa a su maestro, mayor dedicación, con ello venció la tentación.

En la Universidad de París, junto con mejorar su latín, sacó el título de maestro en artes y luego se dedicó a estudios superiores de teología, aunque no los terminó. “En este tiempo conversaba con Mro. Pedro Fabro con Mro. Francisco Javier, los cuales después ganó para el servicio de Dios por medio de los Ejercicios” [Au 82] quienes se convertirían en los primeros compañeros del graduado Maestro Ignacio; prontamente se sumaron al grupo otros estudiantes de la Soborna los cuales empezaron a conformar el grupo de los llamados *primeros compañeros* o *amigos en el Señor*. Sobre su relación con Fabro y Xavier recogemos, posteriormente, el testimonio de Polanco: “En tiempo así mismo del estudio atendía a otras muchas buenas obras que sin despendio de él podían hacerse, como es favorecer a muchos pobres estudiantes, no solamente de lo que él tenía, pero de otros amigos, poniendo a unos con amos que les diesen comodidad de estudiar, haciendo dar porciones a otros, buscando para otros estudiantes, aconsejando a otros y en diversos modos ayudándolos. Y con estos mismos medios, ultra del divino servicio presente, ganaba el amor de muchos, teniendo ojo al fin suyo de traer algunas personas que más ingeniosas y hábiles para su propósito le parecían. Así se hizo amigo de Fabro, ayudándole en lo temporal... el cual después con los ejercicios entró muy profundamente en las cosas espirituales, y en ellas comenzó a dar mucho buen odor de

sí, y ayudar a muchos, aún antes de partirse de París. A M. Francisco Xavier ganó quasi en el mismo tiempo, aunque no con el mismo medio...”²⁶.

A los dos ya nombrados, en un primer momento, tenemos que agregar a Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodríguez y Nicolás Alfonso Bobadilla. En un segundo momento, en el año 1537, se integraron al grupo tres franceses: Claudio Jayo, Jean Codure y Paschasio Broët. Todos, “aunque de diferentes naciones, de un mismo corazón y voluntad”²⁷.

En el año 1534 Ignacio y los *primeros compañeros* de París realizaron sus votos de castidad y pobreza en Montmartre. Ahí, delante del Señor, explicitaron su profundo deseo de trabajar por las almas, al servicio de Cristo. Ellos, en ese lugar, decidieron lo que querían hacer: “ir a Venecia y a Jerusalén y gastar su vida en provecho de las almas; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas. Habían propuesto también esperar un año la embarcación en Venecia y si no hubiese aquel año embarcación para Levante, quedarían libres del voto de Jerusalén y acudirían al Papa, etc.” [Cf. *Au* 85]. Ignacio pasó definitivamente de estar *solo y a pie* [Cf. *Au* 73] a descubrir cómo Dios lo invitaba a caminar con otros; solo de esta manera podemos decir que su vida comienza a integrar la dimensión de catolicidad de un auténtico discípulo.

Fue durante este periodo que el peregrino comenzó nuevamente a sentirse mal de salud [Cf. *Au* 84]. Y dada su situación de enfermedad los médicos y los compañeros le aconsejaron partir a sus aires natales [Cf. *Au* 85].

Transcurría el año 1535 cuando partió Ignacio a su tierra natal; según lo acordado, con los primeros compañeros, debían reunirse nuevamente el año 1537 para ver la posibilidad de viajar a Jerusalén o, en caso contrario, ir a Roma a ponerse al servicio del Papa.

²⁶ Juan Alfonso de Polanco, *Summ Hisp Polanci*, 52.

²⁷ Pedro de Ribadeneira, *MRib: Vida*, 233.

2.2. La visita a Azpeitia (1535).

Ignacio regresó a su tierra por motivos de salud según nos relata el texto escrito por Gonçalves Da Câmara²⁸. Pedro Fabro, quien fue el primer sacerdote de los compañeros y muy cercano a Ignacio, ocupó en su ausencia el rol de hermano mayor. La fortaleza espiritual y corporativa del grupo ayudó a que no tuviera la misma suerte del grupo de Alcalá. Ciertamente la centralidad en Jesús, el deseo de ayudar a las almas y la idea arraigada de la peregrinación o del servicio al Papa estaban instaladas, como gracia, en sus corazones.

Ignacio inició su viaje a Azpeitia montado en un caballo que había sido comprado por sus compañeros [Cf. *Au* 87]. El mismo relato nos dice que ya cerca de su tierra dos criados de su hermano salieron a su encuentro pero que el peregrino no los acompañó a Loyola y se fue directamente al hospital de su pueblo.

En el hospital de la Magdalena se dedicó intensamente al cuidado de los enfermos y a la acción pastoral. También “comenzó a hablar con muchos que fueron a visitarle de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Tan pronto como llegó, determinó enseñar la doctrina cristiana cada día a los niños; pero su hermano se opuso mucho a ello, asegurando que nadie acudiría. El respondió que le bastaría con uno. Pero después que comenzó a hacerlo, iban continuamente muchos a oírle, y aun su mismo hermano. Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y provecho de las almas, que de muchas millas venían a oírle” [*Au* 88]. Por otro lado, durante su periplo en su tierra natal, “el peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, según la cual todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo sus mujeres, fuesen castigadas por la justicia; y de este modo empezó a quitarse este abuso. Hizo que se diese orden para que a los pobres se les socorriese publica y ordinariamente, y que se tocase tres veces el " Ave María", esto es, por la mañana, al mediodía y a la tarde, para que el pueblo hiciese oración, como en Roma” [*Au* 89].

²⁸ Existen otras versiones sobre la visita de Ignacio a su tierra de origen. El historiador García Hernán, por ejemplo, postula que “la necesidad de abandonar París es debido a la presión inquisitorial” (Cf. GARCÍA HERNÁN, E., *Ignacio de Loyola*, Santillana Ediciones Generales, Madrid- España, 2013, 229).

Los números de la *Autobiografía*, recién citados, no solo nos enuncian la acción apostólica de Ignacio en Azpeitia, sino que también nos dan un panorama de los futuros apostolados que tendrá posteriormente la Compañía²⁹. Dichas acciones apostólicas nos reflejan la concreción de Ignacio de *ayudar a las almas*, por medio del ministerio de la palabra y las obras de misericordia. Ese modo -que es la manera de poner por obra la inspiración divina recibida- fue transmitido posteriormente a la Compañía y se convirtió en un pilar central de su quehacer apostólico. Desde esta clave podemos comprender el modelo de seguimiento de Jesús que tendrán los miembros de la *mínima compañía*.

Volviendo al relato histórico podemos recordar que el peregrino estando en Azpeitia enfermó gravemente [Cf. Au 89]. Una vez más recuperado decidió partir para “despachar los asuntos que le habían confiado sus compañeros” [Cf. Au 90], su hermano se enojó mucho y lo obligó a partir a caballo y no a pie como era su deseo. Sin embargo una vez que salió de su Provincia lo dejó. Después de ese periplo, por sus tierras natales, hizo su regreso a Venecia donde se juntaría nuevamente con sus amigos e insistirían en la posibilidad de ir a Tierra santa.

2.3. En Venecia (1536 – 1537)

Ignacio llegó a Venecia, en diciembre de 1535, un año antes que sus compañeros y se dedicó a lo que ya le iba siendo habitual: dar los ejercicios y a tener conversaciones espirituales [Cf. Au 92]. También aprovechó de terminar, por tutoría, sus estudios de teología; Villoslada nos dice al respecto: “Su estudio sería privado, sin asistencia a lecciones públicas de teología, pues no se daban en Venecia, que no tenía Universidad; la más próxima era la de Padua. Deseaba ardientemente completar sus estudios parisienses, para lo cual había traído consigo los libros usados en París. Serían algunos comentarios de las Sentencias de Pedro de Lombardo y quizás la Suma teológica o algunos comentarios parciales de la misma, que le recomendarían los dominicos del convento de Saint Jacques. El Prior de la Trinidad le ofrecía su biblioteca particular, que contenía las obras de S. Agustín, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Cipriano, S. León Magno y de otros Santos Padres”³⁰.

²⁹Dada su significación lo he transcrito casi íntegramente.

³⁰GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola*, cit, 402.

Sus compañeros llegaron a Venecia a principios de 1537, pero el número había aumentado –como habíamos indicado anteriormente- se sumaban al primer grupo los franceses: Jayo, Bröet y Codure. Algunos de ellos partieron, posteriormente, a Roma para pedir el permiso necesario para emprender la peregrinación a Palestina. Posteriormente “los compañeros volvieron de Roma con pólizas de 200 o 300 escudos, los cuales le fueron dados de limosna para pasar a Jerusalén, y ellos no los quisieron tomar más que en pólizas. Estos escudos, después, no pudiendo ir a Jerusalén, los devolvieron a aquellos que se los habían dado” [Au 93]. Una vez reunidos partieron a Venecia divididos en tres grupos; en ese lugar se ordenaron los que no eran todavía sacerdotes.

Mientras esperaban su partida a Tierra santa partieron a servir en varias ciudades. “Y así ellos, viendo que se alejaba la esperanza de pasar a Jerusalén, se dividieron por el Véneto con intención de esperar el año que habían determinado, y si después de cumplido no hubiese pasaje, se irían a Roma. Al peregrino tocó ir con Fabro y Laínez a Vicenza. Allí encontraron una cierta casa fuera de la ciudad, que no tenía ni puertas ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja que habían llevado” [Au 94].

Su servicio apostólico -ahora en comunidad- consistió en: predicar en las plazas de las ciudades donde se encontraban, moviendo a muchas persona a devoción; dedicar mucho tiempo a la conversación espiritual; dar los ejercicios espirituales, por ejemplo a Pedro Contarini (procurador del hospital), Gaspar de Dotti (vicario del nuncio de Venecia), Jerónimo Verallo, etc.

Ignacio estando en Vicenza se enteró que uno de sus compañeros -Simón Rodríguez- estaba muy enfermo en Bassano. Partió sin demora a asistirlo, su visita lo reconfortó y, por gracia de Dios, sanó³¹. “Después volvieron todos a Vicenza, y estuvieron allá por algún tiempo los diez, y algunos iban a pedir limosna por los pueblos cercanos” [Au 95]. En este relato podemos vislumbrar la importancia que tienen sus compañeros en su vida. Este gesto, que Ignacio tuvo con Rodríguez, consolidaba en el

³¹ Dicha preocupación de Ignacio por Simón Rodríguez quedó grabada en su alma; a pesar de las diferencias -que tuvieron en distintos momentos de su vida y misión- no olvidó ese gesto y reconoció, en sus memorias, una paternidad de Ignacio. Ello queda en evidencia en su mismo testimonio: “*que en fin el demonio ha de quedar burlado y muchos otros, cuando vieren que yo soy hijo de vuestra reverencia, y vuestra reverencia, padre; y de allá eche una bendición tan grande, que llegue hasta estas montañas de Bassano, donde ahora justamente en este tiempo ha dieciocho años que vuestra reverencia vino a verme*”... Carta desde Bassano, 04 de septiembre de 1555 (Texto autógrafa en castellano: RM, 663- 664).

grupo de los *primeros compañeros* su deseo original de ser *amigos en el Señor*, no sólo de palabra sino de obra.

Su servicio apostólico también apuntó a buscar nuevos colaboradores que se sumaran al grupo que se iba consolidando cada vez más³². Pero, como nos dice Villoslada, “vocaciones para el nuevo instituto no se lograron, pero el ejemplo de su caridad, ascetismo y celo apostólico no dejó de producir muy estimables frutos”³³.

Posteriormente volvieron todos a Vicenza y se dedicaron a pedir limosna por los pueblos cercanos.

2.3. 1. Consolidación del grupo de los primeros compañeros.

Es interesante introducir este punto considerando la carta de Ignacio a Pedro Contarini, en agosto de 1537, porque da noticias generales de la vida que llevaba con los compañeros que había reclutado en París, más los franceses que se sumaron al grupo: “hasta el presente, por la bondad de Dios, siempre hemos estado bien, experimentando más y más cada día la verdad de aquellas palabras: como quienes nada tienen y todo lo poseen: todas las cosas, digo, que el Señor prometió dar por añadidura a cuantos buscan primero el reino de Dios y su justicia...”³⁴.

Este grupo, que será tan decisivo en la fundación de la Compañía, se fue armando y consolidando lentamente por medio de la amistad que fueron tejiendo unos con otros por medio del estudio, por la vivencia espiritual de los ejercicios, por los votos de Monmartre, por el trabajo apostólico en común, por la unión en la dispersión, por las dificultades que padecieron juntos, etc. Esa consolidación ayudó a que no se dispersaran al experimentar la imposibilidad de ir a Jerusalén; al contrario los fortaleció más como *amigos en el Señor*. El vivir en la universidad, en los hospitales o en el lugar que fuese (incluso disperso por los quehaceres apostólicos) los unió profundamente. Junto con ello, su madurez se reflejó en la actitud discerniente del grupo para buscar, de forma comunitaria, la voluntad de Dios.

³² Cf. *FN I*, 204.

³³ GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola*, cit, 435.

³⁴ Carta a Pedro Contarini (agosto 1537), *ibid.*, 673; *Epp.* I, 123- 125.

A medida que iban poniendo sus vidas en común fueron consolidando su fe en Jesús y en su proyecto, el cual los movió a permanecer unidos compartiendo del mismo pan y de la misma esperanza. Aunque todos reconocían el liderazgo de Ignacio y abrazaron su estilo y forma que tenía de seguir a Jesús, fue éste último el centro dinamizador del grupo. De esa experiencia se derivaría, con posteridad, el nombre del nuevo instituto: al respecto podemos considerar, por su relevancia, la siguiente cita del texto del P. Polanco: “El nombre es la Compañía de Jesús. Y tomóse este nombre antes que llegasen a Roma; que tratando entre sí como se llamarían a quien les pidiese qué congregación era esta suya, que era de 9 o 10 personas, comenzaron a darse a la oración, y pensar que nombre sería más conveniente. Y, visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la compañía de Jesús”³⁵. Dicho sello recibió una decisiva confirmación en la visión de la Storta.

La *Compañía de Jesús* desde el inicio sobresalió por sus deseos de amar, de servir y de ayudar al prójimo por el ministerio de la palabra, por las obras de misericordia y por los ministerios eclesiásticos, usados y aprobados por la Iglesia, que son parte de un cuerpo sacerdotal (sacramentos, predicación, etc.). El testimonio dado en este tiempo -por los primeros compañeros- los podemos resumir en las siguientes palabras: “Así se mostraban hijos genuinos y fieles imitadores del gran Padre y Maestro que les había infundido su espíritu y los estaba preparando para dar forma a un Instituto nuevo y original que marcaría fuertemente su huella en la historia de la Iglesia. Entregados en cuerpo y alma a tales ministerios se les pasó el invierno; con la primavera de 1538 otros horizontes más dilatados se abrieron ante sus ojos”³⁶.

El pequeño grupo de amigos de París comenzó a configurarse en un cuerpo para la misión. La inspiración apostólica de Ignacio al grupo es cada vez más evidente; la cual se seguirá profundizando y consolidando en la vida de cada uno de ellos y se insertará a fuego en los documentos fundacionales de la Compañía de Jesús.

³⁵ *Chron*: I, 72-74.

³⁶ GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola*, cit, 436.

2.3. 2. Visión de la Storta.

En abril de 1538, ante el fracaso de su partida a Jerusalén, Ignacio llamó a todos sus compañeros para cumplir con la segunda parte del voto de Montmartre [Cf. *Au* 85] y presentarse ante el Papa Paulo III para ponerse a su servicio.

Ignacio, Fabro y Laínez se dirigieron a Roma a finales de 1537 (los demás se unieron después de la Pascua de 1538). Antes de llegar a la ciudad ocurrió un acontecimiento central en su vida espiritual y, posteriormente, en el grupo de los *amigos en el Señor*: la visión de la Storta.

La Storta era una capilla pequeña (que aún permanece) que estaba a unos 14 kilómetros de las puertas de Roma. Ignacio, quién pedía insistentemente a Dios Padre “que le pusiera con su Hijo”, y para hacerlo acudía a la intercesión de la Santísima Virgen. Estando en oración, en ese lugar, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente “que Dios Padre lo ponía con Cristo su Hijo”³⁷ que no tendría ánimo para dudar de esto.

En esta visión Ignacio recibió la gracia de haber sido puesto con Jesús; junto con ello experimentó la confirmación del nombre de la nueva Compañía y sintió, en palabras de Laínez, de parte de Dios “que le será propicio en Roma”³⁸. Esa certeza fue mayor que el temor que experimentó posteriormente y que reflejó con sus palabras: “veo las ventanas cerradas”... queriendo decir que habían de tener allí muchas contradicciones (Cf. *Au* 97).

La seguridad que trajo consigo la visión de la Storta le animó a disipar las preocupaciones. “Si el sueño de Jerusalén estaba a punto de desvanecerse como humo en el aire, el apostolado de Roma, teniendo a Cristo propicio, fructificará a lo largo y ancho de la Historia. En Roma está siempre el Vicario de Cristo, a quien van ahora mismo a prestarle la más rendida obediencia y a esperar sus órdenes”³⁹. Y, por otro lado, fue la confirmación del camino elegido por él y sus compañeros.

³⁷ *FN I*, 496- 498.

³⁸ *FN II*, 133.

³⁹ GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola*, cit, 442.

2.4. En Roma (1538 – 1540).

Ignacio, Fabro, Laínez y los demás compañeros una vez en Roma se pusieron a disposición del Papa Pablo III el cual los acogió amablemente e inmediatamente se valió de su disponibilidad para enviar a Laínez y Fabro a enseñar a la Universidad de Roma, situado en el palacio de La Sapienza; el primero teología escolástica y el segundo teología positiva. Ignacio se concentró principalmente en dar los Ejercicios a personas influyentes como fueron: el Cardenal Contarini, Lactancio Tolomei, Iñigo López, Pedro Ortiz, Francisco Estrada (quién más tarde se hizo jesuita), etc. El testimonio de Laínez, en este punto, es relevante: “Se dieron a diversas personas los Ejercicios Espirituales, y muchos se aplicaron a la Compañía, los cuales hoy en día están en estudio o predicán y hacen buen fruto”⁴⁰.

En una ocasión Ignacio y algunos de sus compañeros le plantearon al Papa su deseo de ir a Jerusalén él les habría contestado: “buena Jerusalén es Italia”. Desde ese momento “todos se pusieron a pensar en fundar una religión, pues hasta entonces lo que tenían en el corazón y la boca era cumplir el voto de peregrinar a Jerusalén”⁴¹.

En Roma “pronto los empezaron a llamar los sacerdotes peregrinos o los pobres sacerdotes peregrinos. Estas tres palabras definían muy bien su estampa exterior, su condición de vida y aun sus íntimos ideales”⁴².

Cuando todo, al parecer, iba desarrollándose tranquilamente en tierras romanas surgió una gran contrariedad que estuvo a punto de poner en jaque la vida de este grupo de *amigos en el Señor*.

En la cuaresma de 1538 Agustín Mainardi, religioso agustino, en sus sermones cuaresmales comenzó a enseñar doctrina claramente luterana. Fabro y Laínez quiénes estaban en ese momento, posteriormente le visitaron para amonestarlo y le pidieron que se retractase de sus proposiciones erróneas. Ello no tuvo efecto, al contrario se agravó más cuando algunos españoles influyentes de la curia romana fueron favorables a Mainardi; entre ellos están Francisco Mudarra, Pedro de Castilla y Mateo Pascual. Pero

⁴⁰ FNI, 122- 124.

⁴¹ MBob 616- 617.

⁴² TELLECHEA, J., *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, cit, 288.

Miguel Landívar, más los ya enunciados, echaron a correr la idea que Ignacio y sus compañeros “eran luteranos disfrazados. Y, a causa de sus inmoralidades y errores doctrinales habían sido procesados en España, en París, y en Venecia, de donde habían huido, refugiándose en Roma”⁴³. Dicha acusación tuvo efectos inmediatos y se comenzó a generar desconfianza en Ignacio y sus compañeros. “Landivar presentó su acusación formal ante el gobernador de la ciudad, Benedetto Conversini (Pablo III se hallaba ausente)”⁴⁴.

Ignacio hizo inmediatamente una visita al gobernador y le mostró una carta de Landívar, de unos meses anteriores, con grandes elogios a su persona. Más adelante, por medio del Cardenal Contarini, obtuvo una audiencia con el Papa en Frascati (los últimos días de 1538) quién lo acogió como un verdadero Pastor. Ello más el sin fin de recomendaciones que recibieron llevaron a una sentencia absolutoria el 18 de noviembre.

Un hito que dio por cerrado definitivamente este problema fue que en Roma coincidieron las personas que habían intervenido como jueces en los procesos de Alcalá, París y Venecia. Todos ellos dieron testimonio que “las acusaciones lanzadas contra Ignacio en las diversas ciudades se demostraron falsas, y que el presunto reo era un hombre de gran santidad de vida, ardiente celo de las almas y purísima doctrina”⁴⁵. La sentencia plenamente absolutoria, dictada por Benedetto Conversina, Gobernador General de Roma, fue promulgada el 18 de noviembre de 1538.

Ya recobrada la calma y aclarado el proceso Ignacio y los otros compañeros pudieron dedicarse más tranquilamente a los ministerios sacerdotales. Además, “tuvieron buena ocasión de ejercitar las obras de misericordia, asistiendo en su casa a los hambrientos”⁴⁶. A la ayuda espiritual y a las obras de misericordia tan características de la vida de la Compañía se comenzó a instalar definitivamente, en su práctica pastoral, un apostolado social que con el tiempo se irá ampliando y consolidando.

Ignacio era reconocido socialmente como un peregrino de Dios y servidor de su prójimo. Lentamente, no sin contratiempo, empezó en Roma a dejarse mover por su

⁴³ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, cit, 134.

⁴⁴ GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola*, cit, 452.

⁴⁵ *Ibidem*, 454.

⁴⁶ DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, cit, 140.

deseo de buscar la mayor gloria de Dios y el servicio a las personas que le rodean. La dimensión apostólica de su vida, y la de sus compañeros, era cada vez mayor en cantidad y en calidad. Eso marcó a la larga no solo su misión sino también el modo de proceder de la incipiente Compañía de Jesús.

2.5. Deliberaciones de 1539.

Su ofrecimiento al Papa, realizado en noviembre de 1538 comportará la primera misión de dos compañeros, Bröet y Rodríguez, a Siena. Este hecho provocó, en la cuaresma de 1539, un discernimiento comunitario sobre dos puntos fundamentales para el futuro del grupo: primero, “si conviene que se unan en un solo cuerpo y, segundo, si conviene dar obediencia a uno de ellos”⁴⁷. Fue este el momento donde se vieron en la necesidad de formalizar la experiencia afectiva y carismática que los movía. Como fruto de este discernimiento se hace explícito la conciencia de cuerpo que tenían y por lo mismo deciden permanecer unidos y obedecer a uno de ellos para que “ni distancia de tierra ni intervalo de tiempo los separara”⁴⁸.

En el año 1539, una vez que Ignacio y los primeros compañeros decidieron permanecer unidos y dar obediencia a uno de ellos, describieron el carácter apostólico y misionero de la Compañía de Jesús; eso sucede porque, como nos dice la *Autobiografía* de San Ignacio, “todos estaban dispuestos a gastar la vida en servicio de las almas” [Au 85].

Es interesante recalcar que ante la imposibilidad de ir a Jerusalén -que era el deseo original de Ignacio y sus compañeros- se sintieron fortalecidos como *amigos en el Señor*. El vivir en la universidad, en los hospitales o en el lugar que fuese -incluso disperso por los quehaceres apostólicos- los unió profundamente. Junto con ello, tal madurez, se reflejó en la actitud discerniente del grupo para buscar, de forma comunitaria, la voluntad de Dios. A medida que iban viviendo en común fueron consolidando su fe en Jesús y en su proyecto, el cual los movió a permanecer unidos compartiendo del mismo pan y de la misma esperanza. Y una vez puestos al servicio del Romano Pontífice experimentaron la gracia de la unidad en la dispersión.

⁴⁷ *MCo*: Previae I, 1-7.

⁴⁸ *MRib*: Vida 281.

Junto con la deliberación de permanecer juntos y dar obediencia a uno de ellos. Ignacio, junto a algunos de sus compañeros (los otros estaban en misión), comenzaron a elaborar una especie de “regla” que describiera la vida en común que llevaban. Ésta, en su primera formulación fue redactada en cinco capítulos donde se dejaba por escrito la identidad de lo que había de ser la Compañía, siempre contando con la aprobación del Papa Pablo III. Éste la acogió con buenos ojos y se la entregó al Cardenal Contarini para su revisión. Según el testimonio de Polanco posterior a ese momento el Papa habría exclamado: “que esta Congregación había de reformar la Iglesia”⁴⁹.

En el transcurso de tiempo que pasó antes de la aprobación solemne del Papa se hicieron breves modificaciones del texto y se presentaron algunos escollos que con el tiempo se solucionaron⁵⁰.

Conclusión:

En el presente capítulo hemos sido testigos de cómo Ignacio de Loyola: el Peregrino llamado por Dios para “ayudar a las almas”, comienza a vivir para servir a su prójimo movido no por un voluntarismo sino como una inspiración del espíritu. La gracia recibida en Manresa con la Ilustración del Cardoner (Cf. *Au* 29) comenzó a ser el motor de su vida. Ello lo llevó una y otra vez: a superar los conflictos y adversidades que fue encontrando en su peregrinar; a estudiar con una finalidad apostólica; a buscar colaboradores para la misión; a servir en pobreza y gratuidad, etc.

En su caminar Ignacio fue inspirando, con sus palabras y especialmente con su testimonio, a personas concretas que se sintieron atraídas por su forma de vivir la vida y la fe. Al primer grupo (Alcalá), que como veíamos en el capítulo anterior no prosperó, sucede uno nuevo que está conformado por personas de diversas nacionalidades que estudian en la Sorbona (París) y que comienzan, paulatinamente, a convertirse en sus *primeros compañeros*; no solo de estudios sino sobre todo de misión.

⁴⁹ *FNI*, 206.

⁵⁰ Sobre este punto me referiré, con mayor profundidad, en el capítulo cuarto.

Las palabras del peregrino a cada uno en particular, la experiencia de los ejercicios espirituales y el compartir juntos la vida y el trabajo pastoral, ayudaron a conformar un grupo sólido que buscó tener como único horizonte a Jesús y su Evangelio. En otras palabras podemos afirmar que todos, antes o después de haber hecho los Ejercicios espirituales completos, movidos por su celo y ejemplo pastoral, habían decidido “dejar totalmente el mundo y meterse en la vía de la pobreza y cruz”⁵¹. Ellos, como un incipiente cuerpo apostólico, comenzaron a servir en diversos lugares: plazas, hospitales, ciudades, etc. movidos por un deseo de transmitir su fe (ministerios de la palabra) y de servir a los pobres (ministerios de la misericordia).

En este sentido hemos podido señalar con claridad que la inspiración apostólica de Ignacio a los *primeros compañeros* es evidente. Podemos ver reflejado lo expuesto hasta aquí en las palabras de Simón Rodríguez: “después de renunciar a las vanas ilusiones de su vida anterior, se consagró totalmente al servicio del Señor y siempre conservó un ardiente y fervoroso celo y deseo por la salvación de las almas, un ánimo muy constante en los trabajos, en los cuales la sabiduría divina, que lo había escogido desde el seno materno para ser piedra angular en el fundamento de este su nuevo edificio”⁵².

A continuación, buscaremos profundizar en el contenido de los textos centrales de la naciente Compañía de Jesús y cómo estos escritos recogen el carisma de Ignacio de Loyola, que no sólo queda plasmada en el corazón de sus compañeros sino también en el cuerpo apostólico.

⁵¹ FNI, 100.

⁵² RODRIGUES, S., *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, en ALONSO, E. (ed.), Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2005. Carta de Simón Rodríguez a Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Jesús, cit, 3.

Capítulo III

La inspiración apostólica recogida en las fuentes ignacianas.

“No dejaré de recordar aquella gracia que tenía en todas las circunstancias, mientras trabajaba o conversaba, de sentir la presencia de Dios y de gustar las cosas espirituales, de ser contemplativo aun en medio de la acción; solía significar esto diciendo: encontrar a Dios en todas las cosas” .

MNad IV, 651.

Cuando me refiero a las fuentes ignacianas de la Compañía de Jesús lo hago pensando en los textos que recogen la vida, el pensamiento y sobre todo la experiencia de Dios que vivió Ignacio de Loyola. Aunque sabemos que no todos los escritos tienen relación directa con la fundación de la Compañía sí reconocemos que están a la base de su espiritualidad; porque dan cuenta de la vida, espiritual y apostólica, de quien inspiró y sigue inspirando a muchos a consagrar la vida como jesuitas.

A continuación me referiré a dichas fuentes, no me detendré en la crítica literaria e histórica de los textos. Tampoco expondré todos los contenidos que recogen estos escritos. Mi pretensión es evidenciar lo relacionado a lo apostólico, que es el tema en cuestión en esta presentación.

En el presente capítulo me referiré particularmente a las siguientes fuentes: las “cartas” de San Ignacio, los *Ejercicios Espirituales*, la *Autobiografía* y el *Diario espiritual*

La *Fórmula del Instituto* y las *Constituciones* serán el contenido del capítulo cuarto, dada la relevancia de estos textos en la institucionalización del carisma de la Compañía.

La división es práctica y va en función de explicitar nuestro cometido. No se pretende, bajo ningún punto de vista, generar una separación entre lo espiritual y lo apostólico; hacerlo sería no entender la experiencia de Dios del Peregrino, porque “la acción apostólica surge en Ignacio estrechamente vinculada con su vida de oración, como consecuencia o exigencia testimonial de ella”⁵³.

3.1. Las cartas.

Sabemos que Ignacio escribió, asiduamente, cartas; lo hacía con la finalidad de ayudar a sus prójimos a buscar y discernir la voluntad de Dios para sus vidas. Sus destinatarios fueron muy diversos: jesuitas, familiares, religiosas, sacerdotes, colaboradores, laicos, príncipes y hombres de gobierno, mujeres casadas, etc.; en esa diversidad se encuentra parte de su riqueza.

Además, entrar en estos textos no sólo nos ayudará a conocer un medio apostólico eficaz, que descubrió el peregrino, para *ayudar a las almas*. Sino, también, nos acercarán a su modo de pensar apostólico frente a diversas situaciones y contextos.

Para ilustrar estos puntos me referiré directamente a 10 de ellas, las cuales fueron escritas entre el año 1524 hasta la aprobación de la Compañía de Jesús por el Papa Paulo III en 1540⁵⁴; se hace la selección porque es casi imposible tener presentes las más de 6.000 cartas o documentos que contienen los archivos ignacianos. Los escritos escogidos corresponden al periodo cronológico inicial de su vida apostólica hasta la fundación de la Compañía y fueron seleccionados porque son representativas del espíritu apostólico de Ignacio con las personas de su tiempo antes de lo que llamaré la institucionalización del carisma.

A Inés Pascual, que se convertiría en una gran colaboradora de Ignacio, la cual se siente desanimada por la muerte de una amiga muy cercana, el peregrino la exhorta a perseverar en el servicio divino, no obstante las dificultades: “Por amor de Dios N.S., que miréis siempre de llevar adelante (huyendo siempre de los inconvenientes; que si

⁵³ GARCÍA MATEO, R., *Ignacio de Loyola: contemplación y misión*, GBP (Gregorian & Biblical Press), Roma 2011, 20.

⁵⁴ IGNACIO DE LOYOLA., *Obras*, BAC (Maior), Madrid 2013. Introducción, notas y comentarios de Cándido de Dalmases.

vos bien los huís, la tentación no podrá tener fuerzas algunas contra vos) lo que siempre debéis hacer, anteponiendo la alabanza del Señor sobre todas las cosas”⁵⁵. En esta carta no sólo se muestra empático a su dolor sino también la anima en la fe y en la entrega a Dios.

A Martín García de Oñaz (su hermano) le escribió en el año 1532 para zanjar algunos asuntos familiares. En esta epístola, además, le refleja las razones de su largo silencio después de su salida de Loyola en 1522 y lo que está moviendo su corazón, relacionado con el divino servicio. El peregrino lo refleja así: “Tanto puedo en esta vida amar a persona, cuanto en servicio y alabanza de Dios nuestro Señor se ayuda...”; más adelante los invita a abrir su corazón a Dios: “Deseo mucho y más que mucho, si hablar se puede, que en vuestra persona, parientes y amigos cupiese intensamente ese tal y tan verdadero amor y fuerzas crecidas en servicio y alabanza de Dios N.S., porque más y más os amase y os sirviese; porque en servir a los siervos de mi Señor, mía es la victoria y mía es la gloria”⁵⁶. El corazón de Ignacio, según lo expresa a su hermano, está lleno de amor por las personas y por su Señor; ambos amores se hacen uno en su corazón.

A Isabel Roser, gran colaboradora de Ignacio como ya habíamos señalado, le escribió en 1532. Su intención era animarla ante su sufrimiento y problemas que la torturaban. Desde los ejercicios espirituales la anima a aferrarse a Dios: “Plega a la santísima Trinidad tanta gracia os dé en todas las adversidades de esta vida y en todas las otras cosas, en que servirle podáis, como yo lo deseo para mí mismo, y a mí no me dé más de aquello que para vos deseo”⁵⁷. Además la anima, desde los ejercicios, a seguir perseverando en el servicio, que también para él es tan importante.

A la religiosa del Monasterio de Santa Clara⁵⁸, sor Teresa Rejadell, le escribe en distintos momentos. En la carta de junio de 1536 la anima ante el poco crecimiento espiritual del Monasterio y la invita a discernir: “Acaece que muchas veces el Señor nuestro mueve y fuerza a nuestra ánima a una operación o a otra abriendo nuestra ánima; es a saber, hablando dentro de ella sin ruido alguno de voces, alzando toda a su divino amor, y nosotros a su sentido, aunque quisiéramos, no pudiendo resistir; y el sentido suyo que tomamos, necesario es conformarnos con resistir y lleno de toda

⁵⁵ Carta a Inés Pascual (06 diciembre de 1524 o 1525), *ibid.*, 651; *Epp.* I, 71- 73.

⁵⁶ Carta a Martín García de Oñaz (junio 1532), *ibid.*, 653; *Epp.* I, 79- 83.

⁵⁷ Carta a Isabel Roser (10 noviembre 1532), *ibid.*, 657; *Epp.* I, 83- 88.

⁵⁸ Dicho Monasterio estaba viviendo un tiempo de ajuste porque se habían cambiado de regla (de la Franciscana a la de San Benito) entre los años 1513 y 1518,

humildad, porque el mismo espíritu divino es en todo...”⁵⁹. Acá podemos ver reflejado como Ignacio ofrece el discernimiento como un medio efectivo para buscar y entender los designios divinos; podemos suponer que lo hace movido por su propia experiencia espiritual y apostólica.

Al P. Manuel Miona, en noviembre del año 1536, le invita a practicar sus ejercicios por el valor que ellos encierra: “siendo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar así mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos...”⁶⁰. En esta carta somos testigos como para Ignacio los ejercicios son uno de los medios privilegiado de su acción apostólica en beneficio de los demás.

A Mosén Juan de Verdolay, en julio de 1537, le invita a seguirlos en sus proyectos de vida apostólica: “y según que el Señor nuestro me ha de juzgar, me parece y siento, que si allá tenéis mucho que hacer, acá tenéis más, y vía para más servir al Señor que deseáis”⁶¹.

A Pedro Contarini le escribe en agosto de 1537. Por medio de su carta le da noticias de la vida que llevó en París, junto a los primeros compañeros, y cómo por culpa de la guerra de Venecia con los turcos se habían tenido que dispersar por distintas localidades del norte de Italia para dedicarse a la oración, el sacrificio y el apostolado. Además le exhorta, dado los grandes bienes temporales que posee, que no se deje por ellos sino por las cosas al servicio de Dios. Ello se evidencia cuando leemos sus letras: “A vos en especial conviene considerar que, si algún bien habéis, por ninguno seáis cogido, por nada temporal poseído, dirigiendo todas las cosas para servicio de quien las habéis. Porque del que no puede emplearse por entero en lo único que es necesario propio es poner todo su ser en tener bien ordenadas aquellas muchas cosas varias en que se ocupa y se ha ofrecido, etc.”⁶². Contarini y muchas otras personas que se encontraron con el peregrino se sintieron movidos, por su inspiración apostólica, a compartir sus bienes con los necesitados; esta carta es un reflejo de ello.

En 1538 le escribe a Diego de Govea, portugués, quien había solicitado a Ignacio -de parte del Rey de Portugal Juan III- algunos padres para enviar a las Indias. Su respuesta es parcialmente negativa porque, como dice el texto: “Nosotros, todos

⁵⁹ Carta a sor Teresa Rejadell (18 junio 1536), *ibid.*, 666; *Epp.* I, 99- 107.

⁶⁰ Carta a Manuel Miona (16 noviembre 1536), *ibid.*, 669; *Epp.* I, 111- 113.

⁶¹ Carta a Juan de Verdolay (24 julio 1537, *ibid.*, 672; *Epp.* I, 118- 123.

⁶² Carta a Pedro Contarini (Vicenza agosto 1537), *ibid.*, 673; *Epp.* I, 123- 125.

cuantos coligados en esta Compañía estamos, nos hemos ofrecido al Sumo Pontífice, por cuanto es el Señor de toda la mies de Cristo; y en esta oblación le significamos estar preparados todo cuanto de nosotros, en Cristo, dispusiere, de modo que si él nos envía a donde vos nos llamáis, gozosos iremos”⁶³. Un elemento a destacar de este escrito es el lugar que comienza a tener, de cara a la misión de Ignacio y los compañeros, el rol del Papa quién puede enviarlos donde estime pertinente.

A Beltrán de Loyola, su sobrino, le escribió en 1539. En su carta le exhorta que trabaje por la reforma de la clerecía de Azpeitia; también le cuenta cómo la Compañía de Jesús ha sido aprobada por Paulo III y le pide que se interese por la nueva orden: Dios “ha puesto sus santísima mano en ello; y así ha puesto contra tantas adversidades, contradicciones y juicios varios, que ha sido aprobado y confirmado por el Vicario de Cristo N.S. todo nuestro modo de proceder, viviendo con orden y concierto, y con facultad entera para hacer constituciones entre nosotros, según que a nuestro modo de vivir juzgáremos ser más convenientes”⁶⁴. La ayuda a reformar la Iglesia es uno de los objetivos que persigue Ignacio, luego sus compañeros y colaboradores, para el bien del pueblo de Dios.

El año 1540 Ignacio también escribió a los habitantes de Azpeitia para procurar algunas prácticas piadosas que les puedan ayudar a vivir su fe y servicio al Señor. Para hacerlo les evoca su última visita: “Mucho tengo en memoria el tiempo que allá estuve, en qué propósito y determinación quedó el pueblo, después de haber constituido laudables y santas constituciones, es a saber: de hacer tocar las campanas por los que en pecado mortal se hallasen, que no hubiese pobres mendicantes, más que todos fuesen subvenidos; que no hubiesen juegos de cartas, ni vendedores ni compradores de ellas; y que de poner tocados las mujeres, sobre mal fundamento y ofensa de Dios nuestro Señor, que fuese extirpado tal abuso...”⁶⁵. En esta misiva los invita, además, a velar por el bienestar de los pobres mendicantes y de las mujeres que han desviado su camino.

Al leer y releer las cartas enunciadas podemos concluir que Ignacio se valió de ellas para animar, consolar, entusiasmar, discernir, etc. Siempre se esforzó por asistir, por este medio, a las diferentes personas que acudían a él; situándose siempre en los tiempos, lugares y personas. Ignacio “en el escribir cartas, especialmente a personas

⁶³ Carta a Diego Gouvea (Roma, 23 de noviembre 1538), *ibid.*, 674; *Epp.* I, 132- 134.

⁶⁴ Carta a Beltrán de Loyola (Roma, fin de septiembre de 1539), *ibid.*, 676; *Epp.* I, 148- 151.

⁶⁵ Carta a los habitantes de Azpeitia (agosto- septiembre de 1540), *ibid.*, 680; *Epp.* I, 161- 165.

principales o de cosas de importancia, era tan mirado, que gastaba mucho tiempo en considerar lo que escribía, y mirar y remirar las cartas escritas, y examinar cada palabra, borrando y enmendando lo que le parecía, y haciendo copiar la carta algunas veces, teniendo por bien empleado todo el tiempo y trabajo que era menester en esto”⁶⁶. Por otro lado vemos su particular sensibilidad apostólica frente a una diversidad de necesidades que viven sus interlocutores y que se convertirán en una constante en todo su corpus epistolar.

Una vez aprobada la Compañía se puede percibir con mayor precisión cómo comienza a aplicar más decididamente, en sus misivas, las grandes intuiciones de los Ejercicios Espirituales y las Constituciones. Cuestión que hacen del epistolario ignaciano⁶⁷ una fuente caudalosa para beber de las grandes intuiciones espirituales y apostólicas de Ignacio de Loyola y de la naciente Compañía de Jesús. Dicho medio, tan usado por él y sus colaboradores, se van intensificando con el tiempo -sobre todo después de la llegada de Polanco como Secretario de la Compañía de Jesús el año 1547- siempre con el mismo deseo: asistir, corregir, edificar y ayudar.

3.2. Los Ejercicios Espirituales.

Los *Ejercicios Espirituales* es la obra escrita más conocida de Ignacio de Loyola, la cual recibió la aprobación papal el 31 de julio de 1548 mediante el Breve “*Pastorales officii cura*”. Podríamos decir que este pequeño libro comenzó a escribirse en Loyola y se concluyó en Roma, siendo ya General de la Compañía; la *Autobiografía* nos dice al respecto: “él me dijo que los Ejercicios no los había hecho todos de una sola vez, sino que algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podrían ser útiles también a otros, y así las ponía por escrito, verbi gratia, del examinar la conciencia con aquel modo de las líneas, etc.” [Au 99 a]. En este sentido es claro señalar que Ignacio fue el primer ejercitante y de su experiencia espiritual buscó *ayudar a las almas*. Por ello los ejercicios se fueron convirtiendo, paulatinamente, en un ministerio apostólico central en Ignacio y, posteriormente, en sus compañeros.

⁶⁶ Dicta et facta S. Ignatii a Ribadeneira 82, 437.

⁶⁷ GARCIA DE CASTRO, J., “Cartas”, en DEI, 294- 306, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed), *DEI*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao- Santander 2007². En el artículo se hace referencia a 6. 742 documentos.

Dentro de las finalidades que pretenden los ejercicios [Cf. *Ej 1*] podemos considerar de manera central: el formar hombres y mujeres con una espiritualidad -no centradas en sí mismo o intimistas- apostólica; cuyo horizonte siempre sea Jesús y su Reino.

Es necesario tener claro, además, que “los ejercicios ignacianos no son un manual de piedad ni un devocionario, ni un texto para ser sólo leído, son para ser hechos. No es fácil catalogarlos. Lo más certero será decir que ellos contienen el fruto de la experiencia contemplativo-apostólica de su autor; y están escritos para ayudar a otros a hacer una experiencia semejante, indicando cómo proceder para alcanzar una inmersión persona en el misterio de Cristo”⁶⁸. Ellos, por otra parte, “nos dan la clave de la experiencia evangélica y de la manera de proceder de Ignacio y de sus compañeros: la unión a Cristo pobre y humilde del Reino y de las Banderas que llama y envía a ayudar a las almas, para buscar y encontrar a esta luz la voluntad de Dios sobre nuestra vida”⁶⁹.

A continuación, más que explicar la historia del texto o su estructura metodológica y sapiencial, buscaré profundizar en aquellos puntos que tienen mayor relación con las intuiciones contemplativo-apostólica más explícitas de su contenido. Con la finalidad de mostrar cómo Ignacio promueve una experiencia, que en el fondo, es profundamente apostólica, porque mueve a las personas a la acción, a la misión.

Lo primero que podemos decir es que para Nadal la luz del *Cardoner* se concentra en los *Ejercicios* y, concretamente, en lo que para él son sus dos meditaciones fundamentales: “aquí le comunicó Nuestro Señor los Ejercicios, guiándole desta manera para que todo se emplease en el servicio suyo y salud de las almas, lo cual le mostró con devoción especialmente en dos ejercicios, del rey y de las banderas”⁷⁰. Ello es lo que para él quedaría plasmado en la *Fórmula del Instituto* y en las *Constituciones* de la naciente orden religiosa. Aunque estemos de acuerdo con las afirmaciones de Nadal sería una reducción considerar la vinculación apostólica de los ejercicios sólo con estas dos meditaciones; eso es lo que trataremos de develar a continuación.

⁶⁸ GARCÍA MATEO, R., “Ignacio de Loyola: contemplación y misión”, cit, 26.

⁶⁹ DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2011, 28.

⁷⁰ FNI, 307

El **Principio y Fundamento**, que es la puerta de entrada a la experiencia de los ejercicios espirituales de San Ignacio, busca que el ejercitante pueda ordenar sus afectos (o motivaciones) y las unifique con el cumplimiento de la voluntad de Dios.

El texto comienza con la siguiente afirmación: “el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor” [Ej 23]. Esta formulación muestra inmediatamente el horizonte al que está invitado el ejercitante -individual y colectivamente- dado que “todos los seres humanos han sido creados con esa finalidad que es a la vez una misión que, sin embargo, pocos la reconocen”⁷¹. Tender a realizar ese proyecto implica sentirse llamado por Dios a una misión mayor, la cual consiste en amar, servir y hacer reverencia, como el mismo texto lo señala. La clave no es acoger esta invitación de cualquier modo sino “solamente deseando y eligiendo lo que más conduce al fin...” (Íbidem); ello moviliza a sacar lo mejor de sí, el más, el *magis*...

El *magis*, según María Dolores López Guzmán, vincula al hombre en su amor a Dios. Para entender bien este proceso y el contenido más hondo de su contenido es necesario recoger sus otras formulaciones que aparecen en el mismo texto porque “algunas de ellas se han convertido en señas de identidad: mayor reverencia, antes más que menos, más conveniente y mucho mejor, según el mayor o menor provecho, quanto más y más mayor y mejor, es cosa más digna de consideración, los que más se querrán afectar y señalar, vuestro mayor servicio y alabanza, para que más le ame y le siga, para más seguir e imitar al Señor nuestro, lo que sea más grato a su divina bondad o a mayor gloria de Dios; ésta última es considerada como la fórmula más acabada del *magis* convertida en auténtico lema de la Compañía”⁷².

Lo expresado, sobre el principio y fundamento, es central en la espiritualidad apostólica de Ignacio y de los *primeros compañeros* porque tiene influencia directa en la relación del hombre con Dios, en su seguimiento y en su misión, a la cual se está invitado a colaborar. En otras palabras podemos sostener que “por la pertenencia, el hombre queda anudado a Dios por el vínculo del amor que le conduce al mayor servicio. Y éste es su salvación, la mayor alabanza de Dios”⁷³.

⁷¹ GARCÍA MATEO, R., “Ignacio de Loyola: contemplación y misión”, cit, 27.

⁷² LÓPEZ GUZMÁN, M., “Lo que más conduce”, *Manresa* 82 (2010) 262.

⁷³ ARZUBIALDE, S., *Ejercicios Espirituales de San Ignacio, historia y análisis*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2009², 115.

La **Primera Semana** de los ejercicios invita al ejercitante a meditar la realidad del pecado, personal y colectivo, porque destruye la imagen de Dios en el hombre y niega el mismo amor. Pero, sobre todo, se pretende -durante este tiempo- que pueda experimentar íntimamente la misericordiosa divina que revela el Crucificado; porque “la salvación es el don gratuito que Dios ofrece a la historia de mi libertad pecadora”⁷⁴.

Es ante la cruz que se da un coloquio, íntimo y profundo, que lleva a la persona que hace la experiencia, a situarse delante de Dios; ahí se pregunta: ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? [*Ej* 53]... las cuales son preguntas sobre el *hacer*, sobre el actuar humano. “El pecado es un actuar contra Dios, contra el prójimo y contra sí mismo”; con ello se busca que el ejercitante pueda “enfrentarse a toda clase de mal y de pecado propio y ajeno, con un compromiso personal, al cual el creyente se sienta motivado”⁷⁵.

El coloquio ante el crucificado es central, no solo en los ejercicios sino también en la vida, porque rehace la libertad perdida y nos sitúa delante de un Dios misericordioso, cercano, amable... Haciendo una oración auténtica y honesta se dan mayores garantías para responder con mayor generosidad a la pregunta del *qué hacer*; donde la respuesta nacerá del amor y no del deber ser. Amor que se concretice en la vida por medio de palabras, obras y acciones apostólicas en bien de los demás.

En la **Segunda Semana** de los ejercicios aparecen en todo su esplendor las contemplaciones de los misterios de la Vida de Cristo. En ellas, junto con las ya enunciadas meditaciones del rey y de las banderas, se da un lugar central a la contemplación de la encarnación; en la cual “se nos ofrece la base de toda misión eclesial, una base que se encuentra en la misión del Hijo de Dios. Ésta, según la contemplación ignaciana, es misión universal ya que nace de la determinación de la Trinidad que mira todo mundo, oye su clamor, y propone la salvación del mundo”⁷⁶, diciendo: “hagamos redención del género humano” [*Ej*. 107-108].

El rey eternal es Cristo glorioso, el “eterno Señor de todas las cosas” [*Ej* 98], cuya voluntad es “conquistar el mundo y así entrar en la gloria”... [*Ej* 95]; este “es un

⁷⁴ *Ibíd.*, 204.

⁷⁵ GARCÍA MATEO, R., “Ignacio de Loyola: contemplación y misión”, cit, 27.

⁷⁶ SALVAT, I., “Ayudar a las ánimas. La misión, horizonte objetivador de la espiritualidad ignaciana”, *Manresa* 80 (2008) 141.

texto que se inspira en el final de la primera carta a los Corintios (1Co 15,24). Pero, junto a este proyecto universal para el cual Cristo ha sido enviado, Ignacio inspirándose ahora en el Evangelio de Juan (Jn 12,26), añade una llamada a todo aquel que “quisiere venir conmigo”. Es una llamada a trabajar con Jesús, “porque siguiéndome en la pena, me siga también en la gloria” [Cf. *Ej* 95]. Su redención es, pese a toda realidad gloriosa, objeto de esperanza y de compromiso apostólico. Por ello el ejercitante se ha de sentir invitado a cooperar con el “rey eternal” en la construcción de su Reino, siguiendo el ejemplo de los discípulos. De ahí la gracia a pedir: “no ser sordos a su llamamiento, más presto y diligente para cumplir su santísima voluntad” [*Ej* 91].

En la meditación de las banderas se invita al ejercitante a tomar postura por la de Cristo y no la de Lucifer; los cuales se presentan, como buscando colaboradores para su misión. “El mensaje de Jesús es de pobreza, amor a la humillación y humildad. Pero, con el modo como se transmite el mensaje, Ignacio quiere también subrayar que se trata de unos contenidos que se viven en un marco de misión, tal como señalan los preámbulos de la meditación. En contraposición a los engaños del mal caudillo que afectan a “todo el mundo”, Jesús, por su parte, envía a sus apóstoles por “todo el mundo” y a “todo género” de personas”⁷⁷. Acoger, con el corazón, este envío de Jesús es ponerse ya en actitud apostólica.

La manera como Jesús busca transmitir su mensaje “será una misión universal. Primero, la de sus doce apóstoles y después la de las personas que los mismos apóstoles, a su vez, enviarán en misión”⁷⁸. En otras palabras cuando se pide a Dios, con sinceridad de corazón, ser “recibido debajo de su bandera” [*Ej* 147] se necesita estar dispuesto a seguir a Jesús con todas las implicaciones personales y apostólicas que pueda acarrear. Ello es necesario tenerlo presente de cara a la elección de estado de vida que se propone en la experiencia.

Los ejercicios posteriores, de contemplación, tienen como finalidad que el ejercitante pueda contemplar y amar, para ver y considerar las diferentes escenas de la vida de Jesús transmitida por los evangelios. Ello significa una relación estrecha y directa entre oración de contemplación y la imitación de la persona de Jesús. Se contempla su

⁷⁷ *Ibidem.*

⁷⁸ *Ibidem.*

vida para amarla e imitarla más”⁷⁹. Ignacio propone dicho método de oración “cómo si presente me hallase” [Ej 114] como un actor y no como un simple espectador.

Una contemplación bien realizada debe ayudar, al que hace la experiencia, a poder reflejar para sacar algún provecho [Ej 107 – 108], que es abrirse como un espejo a la luz que brota del Espíritu. El requerimiento a “reflejar a mí mismo” está claramente dirigido a transponer a uno mismo lo que se contempla, “a dejarse empapar la cabeza, el corazón y las entrañas por el misterio de Cristo contemplado”⁸⁰.

Todas las contemplaciones de los misterios de la vida de Cristo, de la segunda semana, irán ayudando a que el ejercitante vaya definiendo su elección (la cual ha de confirmar en las semanas posteriores). Una elección que, como la vida del Jesús contemplado, tendrá sin duda una dimensión y unas implicancias apostólicas significativas.

La **Tercera Semana** de los ejercicios nos muestra cómo la cruz es el culmen del dinamismo encarnatorio, tanto de la primera como de la segunda semana, así para Jesús como para el creyente. El seguimiento culmina en la participación plena de la suerte y el destino de Jesús. Por ello “la pasión es el momento capital de la configuración a la que apunta la condición cristiana, condición de posibilidad de la elección. Antes que elija algo concreto el hombre elige a Cristo, y a este crucificado. Llegar a tener el mismo “pensar y sentir” de su Señor (Cf. Flp 2, 5) equivale a asumir consciente y libremente el misterio cristológico de la *kénosis* y de la exaltación, la incondicionalidad de un amor que, al perderse, se gana”⁸¹.

Ignacio de Loyola buscará que el ejercitante pueda imitar en su vida corriente a Cristo pobre y humillado, camino a la cruz. Cada persona, que entra en este tiempo de los ejercicios, ha de pedir la gracia de seguirlo, incluso en medio de oprobios y humillaciones; también en su pasión y muerte. Solo si se vive este proceso con Jesús se podrá participar de su misión y en algún momento de la gloria del Resucitado.

La **Cuarta Semana** de los ejercicios nos sitúa en la manifestación más patente del amor y fidelidad de Dios: La Resurrección. “Jesús no permaneció en la muerte, sino

⁷⁹ GUILLÉN, T., “Contemplación”, en DEI, 445, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

⁸⁰ ARZUBIALDE, S., *Ejercicios Espirituales de San Ignacio, historia y análisis*, cit, 451.

⁸¹ *Ibidem* 507.

que vive. En él aparece, de este modo, el sentido definitivo y último de todas las cosas. Con él se inauguran los acontecimientos escatológicos. Él es Señor de la vida y de la muerte, y el primero de los resucitados”⁸². Amor y fidelidad que están a la base del verdadero discípulo y misionero del Señor.

Jesús Resucitado “vuelve a visitar al hombre, se hace presente, ahora en el Espíritu, después de la noche de la pasión, para que el creyente viva, de ahora en adelante, de la promesa escatológica de que Dios mismo consumará un día la plenitud que ahora inaugura el Resucitado. Y, como consecuencia, asistimos a la resurrección del hombre, en el Amor, a la Gloria del Señor”⁸³.

Al llegar al final de la experiencia, en **la contemplación para alcanzar amor**, es donde se resume y profundiza lo vivido en la experiencia completa de los ejercicios. “En ella la perspectiva no es sólo histórico-salvífica y planetaria, sino también cósmica... se concluye resaltando la acción salvadora de Dios en toda la creación y en cada uno de los seres creados”⁸⁴. El *hallar a Dios en todas las cosas* explicita la espiritualidad del mundo, que Ignacio descubrió en su experiencia, destinada a un quehacer que otorga al hombre una gran responsabilidad con el otro y con su entorno.

Ignacio de Loyola y sus *primeros compañeros* -alimentados por la experiencia de los ejercicios espirituales- lograron internalizar un contacto profundo con Jesucristo y su Evangelio; en ese encuentro, mediado por la oración, se sintieron movidos a amar y a servir a su prójimo. En otras palabras, encontraron la fuerza, o la gracia, que viene de Dios para *ayudar a las almas*.

3.3. La Autobiografía.

Hasta este momento el texto más citado, en este escrito, ha sido la *Autobiografía*. Ello, ciertamente, deja de manifiesto su importancia -como fuente- para conocer lo que Dios fue haciendo con la vida de Ignacio y cómo éste se dejó inspirar

⁸² *Ibíd*em 540.

⁸³ *Ibíd*em, 542.

⁸⁴ GARCÍA MATEO, R., “Ignacio de Loyola: contemplación y misión”, cit, 31.

por Jesús; cómo él logró inspirar a sus compañeros y a tantos colaboradores en el deseo de ayudar a la salvación de las personas.

Para ampliar lo ya dicho anteriormente podemos tener en consideración que tampoco tenemos el relato completo del texto de la *Autobiografía* sino desde los 26 años en adelante [Cf. *Au* 1]. Reconocemos en el relato omisiones importantes como son las referencias a su familia, a su lugar de origen y a su vida *mundana* (anterior a su conversión). Pero más allá de la crítica que se pueda hacer al texto no debemos devaluar la importancia y el valor que tiene para el cuerpo de la Compañía y de la Iglesia dado que se buscó transcribir un relato del mismo Ignacio; el cual contiene hechos esenciales de su historia que nos ayudan a acercarnos a su vida y obra, cuestión que ha ido quedando en evidencia a lo largo de estas páginas.

Ignacio, en la *Autobiografía*, accedió a abrir su corazón ya siendo de edad avanzada (en 1553- 1554). No lo hizo solo por la presión ejercida por Nadal y Da Camara, sino porque vio en oración que hacerlo -como se lo sugirieron insistentemente- podía ayudar de verdad a “*fundar la Compañía*”⁸⁵. Para hacerlo quiso poner a disposición de Da Camara su proceso espiritual (más que histórico), el discernimiento espiritual de su vida. Dicho texto contiene además -para los que no conocieron al fundador de la Compañía- una dimensión mistagógica porque “mueve a la persona que se acerca a él y entrar en su movimiento interior para reconocer la acción de Dios en la propia vida y vivir una experiencia semejante a la de Ignacio, aunque sea en un grado menos elevado”⁸⁶.

En el relato de la vida del peregrino hemos sido testigos de cómo fue apareciendo y consolidándose su carácter apostólico: Loyola es el inicio de una vida nueva [Cf. *Au* 2- 12]; en Manresa contemplamos cómo siente por primera vez un deseo profundo -un impulso, un envío- de ayudar a otros en su vida espiritual [Cf. *Au* 26]. De vuelta de Jerusalén se siente decidido a *ayudar a las almas* y para hacerlo de buena manera se decide a estudiar [Cf. *Au* 45]. Junto ya a los *primeros compañeros* asumen un compromiso, apostólico y comunitario, en Montmartre [*Au* 85]. Y reciben la ordenación

⁸⁵ Cf. *FN* II, 1- 10.

⁸⁶ RAMBLA, J., “Autobiografía”, en DEI, 199, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

sacerdotal con la finalidad de resaltar “la dimensión apostólica y profética del sacerdocio de Cristo”⁸⁷, etc.

3.4. El Diario Espiritual.

Este texto nos introduce más de lleno en el alma de San Ignacio. Es el único documento, de importancia, que se conserva totalmente autógrafo. Fue escrito cuando se encontraba redactando las Constituciones de la Compañía. Donde su oración estaba en función de “esclarecer un punto importante que llevaba muy en el corazón: la pobreza propia de las casas profesas”⁸⁸.

Son muchos los temas que se abren al introducirse en su lectura: itinerario, estructura, dones místicos, etc. Sin embargo me referiré, en esta ocasión, más propiamente a lo apostólico de su contenido.

El Diario Espiritual está compuesto de dos cuadernos. El primero, de 14 folios, contiene el proceso espiritual de los cuarenta días que van del 02 de febrero al 12 de marzo de 1544. El segundo abraza los sentimientos espirituales tenidos desde el 13 de marzo de 1544 hasta el 27 de febrero del año 1545.

Fueron escritos, según el testimonio de Pedro Ribadeneira, porque “Dios Nuestro Señor inspiró y movió al mismo padre a escribir distinta y compendiosamente todo lo que por espacio de quarenta días le aconteció en la oración de la mañana, la preparación de la missa y en la misma missa y en las gracias que se hacen después de haberla dicho. Digo que le inspiró Dios a escribir esto, para que nosotros supiésemos los regalos y dones divinos con que era visitada aquella alma, y para que, quanto él más los encubría con su humildad, tanto más se descubriesen y manifestasen para nuestro provecho y exemplo”⁸⁹.

Dicho escrito es primeramente una síntesis de la experiencia mística de Ignacio. Sin embargo es interesante ver cómo -principalmente en el primer cuaderno- se aborda

⁸⁷ GARCÍA MATEO, R., “Ignacio de Loyola: contemplación y misión”, cit, 34.

⁸⁸ DALMASES, C., *Obras completa de san Ignacio*, cit, 278.

⁸⁹ FN IV, 611-613

un tema apostólico relevante. Es por ello podemos afirmar que “el diario se convierte en una poderosa herramienta de discernimiento de la propia misión aquí y ahora. Aumenta la lucidez sobre uno mismo, precisa la experiencia interior y graba en la memoria el obrar divino”⁹⁰. Ello queda en evidencia, por ejemplo, en la anotación del 11 de febrero: “En esto viniéndome otras inteligencias, es a saber, cómo el Hijo envió primero en pobreza a predicar a los apóstoles y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y lenguas los confirmó, y así el Padre y el Hijo enviando al Espíritu Santo, todas tres personas confirmaron la tal misión” (*De*. 15).

Ignacio vive el seguimiento de Jesús, a quien ama apasionadamente, en la entrega a las personas pero nutrido de una profunda oración; basta leer el diario para confirmar esa apreciación. De esa manera logra que no se desvíe su corazón y sus opciones más trascendentales.

Conclusión:

En estas líneas hemos sido testigos de cómo Ignacio de Loyola, incluso en sus escritos más espirituales, no se desvincula de la misión. Es por ello podemos sostener con fuerza que su espiritualidad más profunda está atravesada por la acción y viceversa; por su deseo profundo de *ayudar a las almas*, tanto los ejercitantes como aquellos a los cuales Dios los envía a servir.

Esta espiritualidad de Ignacio se transmite a otros por medio del encuentro con Dios y del servicio desinteresado. Desde ese encuentro se desprenden los criterios que van marcando su *modo de proceder* espiritual y apostólico en medio de la historia; es decir se marca el carácter apostólico del miembro de la Compañía.

El carisma de Ignacio y posteriormente de la Compañía de Jesús está orientada a la entrega, al servicio, al divino amor. En otras palabras a la realización de la voluntad de Dios en la tierra con Cristo y como Él.

⁹⁰ THIÓ, S., “Diario espiritual”, en DEI, 595, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

Capítulo IV

La institucionalización del carisma apostólico de la Compañía de Jesús.

“Hay que notar que la institución de la Compañía se debe a solo Dios y la aprobación al Pontífice, sin cuya autoridad no puede haber religión”.

MNad V, 48.

El 27 de septiembre de 1540, con la bula papal *Regimini militantes Ecclesiae*, se aprueba formalmente la Compañía de Jesús. Y el 02 de abril de 1541 fue elegido como su primer Prepósito General: Ignacio de Loyola. En el momento de su elección solo estuvieron presentes 6 de sus compañeros dado que Francisco Xavier, Pedro Fabro y Simón Rodríguez estaban en diversas misiones. Aunque Rodríguez estuvo ausente se refiere a este momento tan significativo en sus memorias: “a él, como persona ya más experimentada en trabajos y tentaciones, los otros compañeros siempre lo veneraron como padre y lo siguieron como guía en todas las cosas, y después lo eligieron unánimemente como General de la Compañía de Jesús”⁹¹; lo fue hasta el día de su muerte el 31 de julio de 1556.

En la *Fórmula del Instituto* y en las *Constituciones* se buscó poner por escrito el carisma de la nueva orden religiosa. En sus contenidos se buscó reflejar la experiencia

⁹¹ De origine et progressu Societatis Iesu, en *RM*, 451. 517. Carta de Simón Rodríguez a Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Jesús, 25 de julio 1577, 47. Es interesante mencionar su testimonio porque él y Salmerón fueron los que tuvieron más dificultad con Ignacio en su generalato.

original de Ignacio y, posteriormente, de los *Primeros compañeros*. Hacerlo era necesario, porque de esa manera se fundaba sólidamente la nueva orden religiosa.

Institucionalizar el carisma fue indispensable para que la inspiración del Espíritu permaneciera en el tiempo, al interior de la Iglesia, y se pusiera al servicio de todas las personas. El desafío que percibió el peregrino fue dejar por escrito, lo más fielmente posible, su experiencia espiritual y apostólica, para que ella ayudará a otros a vivirla, *para la mayor gloria de Dios y bien de las almas*.

4.1. La Fórmula del Instituto.

Ante la imposibilidad de Ignacio y sus primeros compañeros de ir a Jerusalén decidieron cumplir con lo acordado en Montmartre [Cf. *Au* 85] y ponerse al servicio del Papa. Ante esta coyuntura iniciaron, en la cuaresma de 1539, un tiempo profundo de discernimiento. Este buscaba responder principalmente a dos preguntas que se suscitaron en el grupo: la primera, si permanecer unidos o no, aunque estuviesen geográficamente separados; la segunda, cómo... A la primera respondieron rápidamente que sí y la segunda -que también fue positiva- fue el resultado de un largo discernimiento; para hacerlo había que dar obediencia a uno de ellos. En consecuencia podemos precisar, sobre la materia de este discernimiento, que “el tema de la unión había surgido de la decisión sobre la misión, y el tema de la obediencia fue consecuencia de la decisión sobre la misión y la unión”⁹².

Una vez resueltas las interrogantes iniciales decidieron constituirse en un cuerpo estable y orgánico. Pero, antes de visitar al Papa, buscaron hacer una descripción “de los rasgos fundamentales del carisma compartido, que les impulsaba como una fuerza nacida del Espíritu”⁹³. Dicha descripción tomó el nombre de *Fórmula del Instituto (FI)* donde se agrupó lo esencial de su modo de vida en *Quinque capitula* (cinco capítulos) que contienen la identidad originaria de la Compañía de Jesús que se pone al servicio de

⁹²CONWELL, J., “Deliberaciones 1539”, en DEI, 552, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

⁹³ ARZUBIALDE, S; J CORELLA; JM GARCÍA LOMAS (Eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993, 16.

la Iglesia y del mundo. Dicho texto (F39) fue aprobado *vivae vocis oráculo* por el Papa Paulo III.

En la revisión oficial de estos cinco capítulos se añadieron modificaciones menores; la inclusión de esas correcciones desembocó en la fórmula del año 1540 (F40) la cual fue aprobada con la bula *Regimini militantes Ecclesiae*. Dicha aprobación llevó al nacimiento oficial de la Compañía de Jesús.

Sin embargo, la Fórmula tuvo nuevas modificaciones en su redacción. Ellas fueron acuñadas en el texto y se dio forma a la definitiva (F50) la cual fue aprobada y confirmada por el Papa Julio III en las Letras Apostólicas *Exposcit debitum* el 21 de julio de 1550, la cual se mantiene vigente hasta nuestros días.

Comparando las tres redacciones se advierte una gran continuidad de fondo en las vivencias del carisma. En otras palabras, se logra percibir el mismo espíritu: “no cambian ni la espiritualidad de fondo ni las determinaciones concretas que configuran el modo de proceder específico de la Compañía. Cambian las motivaciones particulares, que se hacen más matizadas y aceptables para todos, y las determinaciones nuevas que salen al paso en el devenir de un Cuerpo en crecimiento y experimentación”⁹⁴.

La *Fórmula* en su versión definitiva (F50) es una exposición más plena y exacta de algunos puntos de las anteriores (F39 y F40). Por ejemplo busca reforzar el fin y los medios de la Compañía; busca abordar el tema de la competencia de la Congregación General y del Preósito General; la razón de ser de los Colegios; también acentúa el carácter sacerdotal de la orden⁹⁵. Por otro lado, se ve una evolución del Instituto en lo relacionado con la pobreza; con los coadjutores; y con los superiores subalternos. Invita además a pedir gracias para interpretar la Fórmula; poder tener colegios donde no haya Universidad, que por el mismo hecho “de ser construidos y dotados” ya se consideren aprobados por la autoridad apostólica. Además, en la cláusula final de la bula, se evidencia la resolución de tener profesos sin el límite de los 60 que se le había impuesto

⁹⁴ CORELLA, J., “Fórmula del Instituto”, en DEI, 892, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

⁹⁵ Cf. ALDAMA, A., *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, Centrum Ignatianum Spiritualitatis (CIS), Roma 1981, 43ss.

en la bula del año 1540 (*F40*). Por último se acentúa como eje articulador, el voto de obediencia al Papa que acentúa el carácter apostólico y misionero de la Compañía.

En síntesis podemos afirmar que la *Fórmula del Instituto*, que ha trascendido la historia de la Compañía, es un texto inspirador -de primer orden- del carisma de Ignacio de Loyola y sus *primeros compañeros*, con la aprobación de la Iglesia. En su formulación está explicitado de manera concisa: “el fin de la Compañía y los medios fundamentales para realizarlo”. Su importancia es central en la configuración del cuerpo apostólico dado que “este documento no puede ser modificado ni siquiera por una Congregación General sin la autorización de la Santa Sede”⁹⁶.

A continuación me detendré más pausadamente, por la relevancia para nuestro tema, en los contenidos de la *Fórmula del Instituto* (*F50*). Hacerlo nos ayudará a considerar cómo el carisma de Ignacio y de los primeros compañeros se hace texto e inspiración⁹⁷.

Para Jesús Corella “la dinámica interior del **primer capítulo** es de tipo existencial, que es como el sello de las definiciones ignacianas” porque “describe el carisma nuclear de la Compañía de Jesús en su integridad”⁹⁸. Algunos puntos relevantes son:

- Aquél que desee seguir a Dios en la Compañía de Jesús ha de “ser soldado para Dios bajo la bandera de la Cruz, y servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra”.
- Los votos religiosos que ha de hacer “forma parte de una Compañía fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana”. En este sentido podríamos decir que los votos que se hacen, además de la consagración a Dios, contiene una fuerte finalidad apostólica.

⁹⁶ DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 28.

⁹⁷ Las citas que irán apareciendo a continuación, de cada una de las cinco partes de la *Fórmula del Instituto*, corresponden a la *F50*.

⁹⁸ CORELLA, J., “*Fórmula del Instituto*”, en DEI, 893, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

- Los ministerios apostólicos contenidos en la *F50* “según parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común, han de hacerse totalmente gratis, y sin recibir ninguna remuneración”.
- Los ojos, del jesuita, mientras viva, deben estar “primero en Dios, y luego en el modo de ser de su Instituto, que es camino hacia Él, sólo así podrá alcanzar con todas sus fuerzas este fin que Dios le propone”.
- La Fórmula deja claro que el decidir sobre el grado de cada uno, y el discernir y distribuir los oficios, “estará totalmente en manos del Preósito General, o prelado que en lo sucesivo tendremos que elegir, o de los que él pusiese en su lugar con tal autoridad, para que se guarde el orden conveniente necesario en toda comunidad bien constituida”. Con ello se salvaguarda la recta intención y la unidad de acción del cuerpo apostólico en lo concerniente a la misión.
- Para hacer modificaciones de mayor importancia, al interior del cuerpo de la Compañía, el Preósito General o su vicario (cuando corresponda) ha de convocar a Congregación General “según lo declarará en nuestras Constituciones”. En “otros asuntos que no son de tanta importancia, el mismo Preósito, ayudado por el consejo de sus hermanos en cuanto lo juzgará oportuno, tendrá pleno derecho de ordenar y mandar por sí mismo lo que en el Señor le parezca conveniente a la gloria de Dios y al bien común”.

Este primer capítulo de la *F50* recoge, a mi modo de ver, lo medular de la inspiración apostólica de Ignacio y de los primeros compañeros: la centralidad en Dios; el lugar primordial de la Iglesia y del Romano Pontífice; el sentido de los votos; la importancia de la misión (ministerios); la defensa y propagación de la fe y provecho de las almas; la gratuidad del servicio; el valor del Instituto (de su estructura) y del Preósito General; el buscar incansablemente la gloria de Dios y el bien común... todos estos elementos son esenciales de ese legado que se busca transmitir y “que se espera que sea vivida desde el corazón del jesuita”⁹⁹.

El **segundo capítulo** centra su atención en la obediencia al Papa “dada que es la característica fundamental del Instituto de la Compañía en lo que se refiere a sus objetivos apostólicos”¹⁰⁰. Ello se refleja en:

⁹⁹ S. ARZUBIALDE, J. CORELLA, J.M. GARCÍA-LOMAS. (eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 15.

¹⁰⁰ *Ibidem* 17.

- La invitación, para los que hagan profesión, de acordarse toda la vida que se ha de militar “bajo la fiel obediencia de nuestro santísimo señor el Papa Paulo III y de los otros romanos pontífices sus sucesores”.
- Se hace un voto especial (aparte de los tres votos) por “una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica y mayor abnegación de nuestras voluntades, y por una más cierta dirección del Espíritu Santo”... En la cual “nos obligamos a ejecutar todo lo que nos manden los Romanos Pontífices” en cuanto se refiere al “provecho de las almas y a la propagación de la fe”.
- El cuarto voto ha de mover al jesuita a ir “a cualquiera región a que nos quieran enviar, aunque piensen que nos tienen que enviar a los turcos...”. Para Quienes quieran abrazar este estado de vida “deben estar preparados, día y noche, ceñida la cintura, para pagar esta deuda tan grande”.
- Abrazar este voto ayudará a que no haya “ambición o rechazo de tales misiones o destinos”. De esta manera se busca cultivar una libertad interior que lleve a los individuos a someterse libremente al parecer de la Iglesia y de la Compañía para la misión.

La obediencia al Papa, que se busca vivir con el cuarto voto, dice relación con las misiones. Para cumplir bien esta profesión se requiere, de parte del jesuita, entender en profundidad qué se le pide y tener la suficiente confianza para emprender el envío. Además, de poseer una actitud de acogida y disposición para ello. Por último, el deseo de cultivar una sana indiferencia y apertura a la voluntad de Dios manifestada en los superiores, ya sea el Papa o los superiores mayores de la Compañía.

El **tercer capítulo** está referido al ejercicio de la autoridad y la obediencia, en la cotidianidad, al interior del cuerpo. Es por ello se invita a:

- Todos los que son parte de este cuerpo apostólico deben tener claro que “en todo lo que toca a la observancia de esta nuestra Regla, obedecerán al Preósito de la Compañía”. Dado que tendrá la “autoridad y poder sobre la Compañía que convenga para la buena administración, corrección y gobierno de la misma”.
- El general y su consejo deben de mandar con benignidad, mansedumbre y caridad. El enviado debe obedecer siempre con veneración, reconociendo en el Superior a Cristo, “y lo venere como es debido”.

En la Compañía se hacen dos votos de obediencia: uno, común a todos los religiosos, de obediencia a los superiores, y otro, especial, de obediencia al Papa. De esta manera se indican claramente las dos líneas de obediencia que hay en la Compañía: “obediencia misionaria, a la que se refiere el cuarto voto de los profesos, y obediencia corporativa, como la han llamado algunos autores, que es el objeto de este voto de obediencia a los superiores”¹⁰¹.

El **cuarto capítulo** de la *Fórmula del Instituto* está referido principalmente a la pobreza. En este punto hubo una “clara evolución en la formulación del voto, la parte en que Ignacio motiva el voto de pobreza permanece invariable. Los motivos para ser pobres eran muy antiguos y estaban muy experimentado por él y sus compañeros. A esos motivos va también ligado el fondo espiritual de su pobreza evangélica”¹⁰². Sin embargo lo referido a la formación de los escolares es una novedad en comparación a las anteriores formulaciones. Las ideas centrales son:

- La pobreza para que sea para la edificación del prójimo “se ha de apartar lo más posible de todo contagio de avaricia para que se asemeje lo más posible a la pobreza evangélica”.
- Se parte de la certeza que “el Señor proveerá lo necesario para el sustento y vestido de sus siervos que no buscan más que el reino de Dios”.
- La *F50* es clara para sostener que no se puede tener nada: ni ingreso, ni rentas, ni posesiones. Es necesario para ello “contentarse sólo con las cosas que les sean donadas a ellos por caridad para las necesidades de la vida”; en otras palabras solo se vivirá de la limosna.
- Los escolares han de tener un régimen distinto porque “parece ser muy conveniente que se formen obreros para la misma viña del Señor”. Para ellos la *Fórmula* motiva, a la Compañía profesas, a “tener Colegios de escolares” para la comodidad de sus estudios. “Estos Colegios podrán tener rentas, censos y posesiones, que se deberán aplicar a los usos y necesidades de los estudiantes, quedando reservado al Preósito o a la Compañía todo el régimen de gobierno y superintendencia sobre dichos Colegios y estudiantes”. El mismo P. General

¹⁰¹ ITURRIOZ, J., “Dos líneas de obediencia en la Compañía de Jesús”, *Manresa* 43 (1971) 59-78.

¹⁰² CORELLA, J., “*Fórmula del Instituto*”, cit, 898, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

nombrará los Rectores o superiores de esos estudiantes quienes deberán velar “que ni los estudiantes puedan usar mal de los dichos bienes, ni la Compañía profesa los pueda aplicar a su propia utilidad, sino para proveer a las necesidades de los estudiantes”.

Dos pilares importantes que ha de tener presente el jesuita, y que están implícitos en esta cuarta parte, es la gratuidad de su trabajo apostólico y, en su etapa de formación, que la Compañía ha de poner todos los medios necesarios para formar lo mejor posible a sus apóstoles los cuales podrán *ayudar a las almas*, con calidad y profundidad, cuando sea su tiempo.

El **quinto capítulo** es más variado en sus contenidos. Dentro de los temas que podemos resaltar por su finalidad apostólica podemos enunciar los siguientes:

- La Compañía es una orden sacerdotal, por ello “estarán obligados a rezar el oficio divino, según el rito común de la Iglesia, pero en particular, no en común o en coro”; dicha medida no es un desprecio a la oración de la Iglesia sino una necesidad del carácter apostólico de la nueva orden.
- El criterio referido a las costumbres de los sacerdotes de la Compañía es seguir “el uso común y aprobado de los buenos sacerdotes”.
- Lo que se busca con la formación es formar “hombres del todo humildes y prudentes en Cristo, y señalados en pureza de vida cristiana y en letras”. Más aún, también los que se admitan para coadjutores, en las cosas espirituales y en las temporales, y para escolares, no serán admitidos en esta milicia de Jesucristo, sino cuando hayan sido examinados diligentemente y hallados idóneos para el mismo fin.
- Se acentúa, por último, la necesidad de que “no serán admitidos en esta milicia de Jesucristo, sino cuando hayan sido examinados diligentemente y hallados idóneos para el mismo fin”.

La *Fórmula del Instituto* “es la expresión oficial del carisma institucionalizado de la Compañía de Jesús. Es su Regla fundamental, asumida y aprobada por la Iglesia”¹⁰³. Cuando se leen con detención los distintos puntos que la componen se recogen elementos medulares de la espiritualidad de Ignacio, que fue recibiendo a lo

¹⁰³ *Ibidem*, 892.

largo de su vida por la gracia divina y en los que queda evidenciado el carácter apostólico de su espiritualidad.

Su redacción definitiva (F50) acaba en una oración, que a la vez es de súplica y alabanza: “Dígnese Jesucristo favorecer estos nuestros débiles comienzos, a gloria de Dios Padre, al cual se dé siempre toda alabanza y honor por los siglos. Amén”. Teniendo presente su contenido podemos concluir este punto diciendo que “Ignacio y la Compañía se sienten muy pobres, muy pequeños para llevar adelante el programa de vida que describen... sólo acuden al Señor Jesús, única esperanza de la Compañía”¹⁰⁴.

4.2. Las Constituciones.

Una vez aprobada la Compañía de Jesús se inició, por parte de Ignacio, la redacción de las Constituciones; este hito ya se consigna en el relato del Peregrino (Cf. *Au* 100). El modo como se fueron elaborando fue espiritual: con oraciones y misas (Cf. *Au* 101).

Sabemos, además, que al principio de este trabajo se dejó aconsejar por cinco de sus compañeros (Laínez, Salmerón, Coduri, Broët y Jayo) los cuales le ayudaron a tener una primera estructuración del texto. Posteriormente siguió junto a Coduri (proceso que duró hasta 1545). En los años 1546 y 1547 el peregrino continuó solo. Sin embargo ese mismo año llamó a Juan de Polanco, quien asumiría el rol de secretario de la Compañía, a trabajar con él. Con Polanco se agilizó y ordenó el proceso de redacción; incluso se dice que éste se habría apropiado tan profundamente de las ideas y del modo del fundador que sería muy difícil poder percibir cuál fue el aporte de cada uno; pero es necesario señalar que siempre la última corrección de los textos la tenía el peregrino.

En las *Obras de San Ignacio* Dalmases describe la fuerte vinculación que se tiene que hacer, a la hora de internalizar el contenido del escrito, entre el texto de las *Constituciones* con el texto de los *Ejercicios Espirituales*. Dado que “los Ejercicios son la médula íntima, el núcleo sustancial del Santo. En las Constituciones vive el mismo

¹⁰⁴ S. ARZUBIALDE, J CORELLA, JM GARCÍA LOMAS. (eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 23.

espíritu, pero con un cuerpo concreto al que da vigor y energía”¹⁰⁵. Creo que esa afirmación es acertada y nos puede ayudar a no mirarlas solo como un libro de derecho y de normas.

A continuación, más que profundizar en la historia de la redacción del texto o ampliar su vinculación con el texto de los Ejercicios (o con los otros textos ignacianos que hemos descrito anteriormente), buscaré reflejar cómo en sus contenidos está explícito el espíritu apostólico de Ignacio de Loyola. Me detendré con mayor detención en la parte séptima que está referida principalmente a la misión del jesuita formado; parte central para entender que el contenido de la institucionalización del carisma apostólico de Ignacio y de la naciente Compañía.

Es preciso señalar, de manera introductoria, que las *Constituciones* señalan un horizonte para el jesuita y para aquel que busque ser parte de este cuerpo apostólico. No son solo instrucciones o leyes, como expresamos anteriormente, sino criterios para discernir, elegir y decidir, frente a los distintos escenarios en que se encuentre. Incluso para algunos autores “las Constituciones son un libro espiritual... un libro que dice a los jesuitas lo que son y les da su identidad propia”¹⁰⁶.

Contenidos.

Como hemos señalado con anterioridad es importante no olvidar que el fin de la Compañía de Jesús es apostólico. Ese el sello, el corazón de su carisma desde sus inicios y es transversal a las distintas partes que conforman la *Fórmula del Instituto* y todo el cuerpo de las *Constituciones*. Desde ese horizonte -propio de la gracia recibida por Ignacio e inspirada por él a sus amigos de Roma y a tantos de sus colaboradores- se ordena todo en la vida del jesuita: admisión, formación, votos, disponibilidad, etc. Es por ello por lo que desde el principio se buscó dejar claro que dicha dimensión ha de ser el distintivo propio del jesuita que se siente parte de la misión de Cristo en la Iglesia,

¹⁰⁵ DALMASES, C., *Obras completa de san Ignacio*, cit, 367.

¹⁰⁶ DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 23.

siguiendo el ejemplo de los discípulos de Jesús, del mismo Ignacio y de sus primeros compañeros.

Las *Constituciones*, con el *Examen general*, explicitan el camino que hay que seguir para vivir la Fórmula. “Mientras que la Fórmula del Instituto nos da nuestra identidad, las Constituciones son un libro para su comprensión e inteligencia y nos señalan las etapas de integración progresiva de cada persona que Dios llama a la Compañía, así como las etapas de formación de todo el cuerpo”¹⁰⁷.

El **Examen** con sus declaraciones, que es el punto cero de las Constituciones, pretende que un candidato pueda conocer lo propio de la Compañía y que éste a la vez pueda ser conocido por ella. Este texto, junto con mostrar los aspectos formales de la fundación del Instituto, muestra inmediatamente -aunque de manera sintética- al candidato cuál es el fin de la Compañía que “no solamente es atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar ayudar a la salvación y perfección de los prójimos” [Co, 3].

Por otro lado, la Compañía pone los medios necesarios para examinar a quienes muestran interés de continuar con esta vida [Cf. Co, 25- 52]. Lo que está detrás de esta parte del texto es ver si el candidato tiene la idoneidad y las fuerzas necesarias para vivir esta vocación desde la particularidad de su carisma apostólico.

La **primera y segunda parte** de las Constituciones se refieren a la *admisión* [Cf. Co, 138- 203] y *al despido* [Cf. Co, 204- 242] *de posibles candidatos a la Compañía*. Después de dar criterios para una cosa o la otra se busca que, incluso si hay que despedir a alguien, se busque siempre el bien de la persona y de la Compañía. Ello porque para cumplir con el fin de este cuerpo apostólico sólo “se necesita que se conserven y aumenten los operarios que se hallaren idóneos y útiles para llevar adelante esta obra” [Co, 204].

En la **tercera parte** de las Constituciones se dan indicaciones *sobre el conservar y aprovechar a los que quedan en probación*. En esta parte se aborda principalmente la primera etapa de formación: el noviciado, que es un momento único en la vida del jesuita que “contiene [además] la pedagogía espiritual apta para prepararlo a lo que será

¹⁰⁷ *Ibidem*, 31.

propuesto en las partes consagradas al jesuita formado y en misión”¹⁰⁸. La finalidad de esta etapa inicial es “conservar y aprovechar”... que “vaya adelante en la vía del divino servicio”... “para trabajar en la viña del Señor” [Co 243]. Por lo tanto toda la formación espiritual y académica del jesuita ha de ser apostólica¹⁰⁹; dicha dimensión se espera que sea el centro de gravedad de su consagración. En este punto la figura del maestro de novicios es clave porque debe enseñar, cuidar, dar confianza y corregir cuando sea necesario [Cf. Co 263]; pero, sobre todo, se espera que ponga los medios necesarios para poner al novicio con “su criador y Señor” (Cf. Ej, 15). Para desempeñar tan importante labor se necesita el “que más apto sea para el cargo” [Cf. Co, 264].

La **cuarta parte** de las Constituciones *del instruir en letras y en otros medios de ayudar a los prójimos los que se retienen en la Compañía*. Es interesante notar que el mismo título muestra inmediatamente la finalidad apostólica de la formación.

El objetivo central de esta cuarta parte tiene relación directa con la tercera y busca explicitar lo concerniente a la formación espiritual, intelectual y pastoral de los jesuitas en formación. Se parte de una constatación: a la Compañía comienzan a entrar “mancebos” que es necesario formar sólidamente; para que “con sus buenas costumbres e ingenio diesen esperanza se ser juntamente virtuosos y doctos para trabajar en la viña de Cristo nuestro Señor” [Cf. Co, 308]. De ahí se entiende el contenido de esta parte de las Constituciones: la institución de colegios [Cf. Co, 307- 332]; los estudiantes [Cf. Co, 333- 418]; el gobierno [Cf. Co, 419- 439]; las universidades de la Compañía [Cf. Co, 440- 509].

Sobre su formación espiritual se nos dice que se ha de tener preocupación por la salud física, corporal y mental de los escolares [Co, 339], porque con ello se promueve la unión entre vida espiritual y estudios. Se busca que los estudios no les entibien el amor a las virtudes religiosas pero dejando en claro que en la vida de los estudiantes las oraciones largas no tienen mucho lugar [Co, 340]; se les invita a los escolares a formarse en la obediencia [Co, 342] y en la discreción [Co, 343].

Sobre su formación intelectual podemos decir que en la visión de Ignacio el fin apostólico es el que ha de determinar lo contenidos y materias de estudio [Cf. Co 351-

¹⁰⁸ DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 68.

¹⁰⁹ Otros textos referidos a este punto en la Tercera Parte de las Constituciones: [Co 273, 292...].

353]. Con ello busca reproducir, de alguna manera, el *modo parisienses* que vivió junto a sus compañeros, sus contenidos son: formación humanística, filosófica y teológica. Con ellos se busca formar al sacerdote para la inserción apostólica en el mundo y la cultura de su tiempo. Incluso se deja claro que los grados no pueden ser el fin de los estudios sino los medios que hacen al jesuita más apto para la misión [Cf. *Co*, 400]. Se busca con ello que después este entregue gratuitamente lo aprendido.

Sobre su formación pastoral se invita a los escolares jesuitas a formarse bien para llegar a convertirse en verdaderos apóstoles y pastores. Para ello se han de ejercitar en el predicar y leer [*Co*, 402]; en el administrar los sacramentos [*Co*, 406]; en dar los Ejercicios Espirituales a otros [*Co*, 408]; en el enseñar doctrina cristiana a los niños y rudos [*Co*, 410]; en ayudar a bien morir [*Co*, 412]; etc. Con esta diversidad de ministerios se busca que estén preparados y dispuestos para servir a las personas en contextos diversos.

La misión del jesuita en formación son sus estudios. Sin embargo, es interesante ver cómo por medio de la acción pastoral, precisa y acotada, se pretende que puedan tener un aprendizaje que les pueda ayudar a futuro en su vida apostólica.

La **quinta parte** de las Constituciones trata *de lo que toca al admitir o incorporar en la Compañía*. En ella se nos dice que una vez que los jesuitas hayan sido suficientemente probados sean admitidos a profesión (siempre que hayan hecho la tercera probación) para que “habiéndose aprovechado en sí mismo, mejor puedan aprovechar a otros a gloria de Dios nuestro Señor” [Cf. *Co*, 516].

Es sugerente constatar que en las diversas fórmulas de votos o profesión se agrega en su formulación el tema de la misión. Por ejemplo en la profesión solemne, junto con la consagración, mediada por los votos de pobreza, castidad y obediencia, se integra una dedicación especial a “la instrucción de los niños”... y una “especial obediencia al Sumo Pontífice para cualquier misión a que se me envíe” [Cf. *Co*, 527]. Dichos elementos están muy presentes en los Documentos Pontificios y en las Constituciones. Sobre el cuarto voto de *obediencia al Papa* “es acerca de las misiones” [Cf. *Co*, 529]. Y en lo referente a la *instrucción a los niños* y a los *rudos* se mantienen incluso en la formulación de aquellos que no hacen el cuarto voto [Cf. *Co*, 528. 532].

La **sexta parte** de las Constituciones trata *de lo que toca a los ya admitidos o incorporados a la Compañía cuanto a sí mismos*. La cual está fundada en los tres votos y estos en función de la finalidad apostólica del Instituto que es “la espiritual ayuda espiritual del prójimo” [Cf. *Co* 582]. Por el voto de castidad “imitando la pureza evangélica con la limpieza del cuerpo y mente”. Por el voto de obediencia disponiéndose a ella “teniendo entre los ojos a Dios nuestro Criado y Señor, por quien se hace la obediencia”; especialmente al Sumo Pontífice y después a los Superiores de la Compañía [Cf. *Co* 547]. Por el voto de pobreza, “como firme muro de la religión” [Cf. *Co*, 543] donde el jesuita “debe dar gratis lo que gratis recibieron” [Cf. *Co*, 565], “evitando así todo tipo de avaricia” [Cf. *Co*, 567].

Dada su finalidad apostólica los jesuitas deben ser personas “aprovechadas para correr por la vía de Cristo nuestro Señor, cuando la disposición corporal y ocupaciones exteriores de caridad y obediencia permiten” [Cf. *Co*, 582]. Todo ello “porque las personas de esta Compañía deben estar cada hora preparada para discurrir por una [unas] partes y otras del mundo, adonde fueren enviados por el Sumo Pontífice o sus Superiores” [Cf. *Co*, 587]. Desde estos puntos se puede entender la indicación de no practicar, de manera comunitaria, el coro de las horas canónicas ni el decir misas y oficios cantados [Cf. *Co*, 586].

Se espera que el jesuita toda la vida -también en la enfermedad y en la muerte- deba “esforzarse y procurar que Dios nuestro Señor sea en él glorificado y servido, y los prójimos edificados, a lo menos del ejemplo de su paciencia y fortaleza” [Cf. *Co*, 595].

Para André de Jaer “los últimos votos son para el jesuita la conformación con el Jesús que entrega su vida, que hace de su vida eucaristía; conformación con Cristo que vive su misterio pascual y se entrega gratuitamente por amor. El jesuita es introducido en ese misterio de gratuidad de amor. Ese es el lugar de jesuita formado”¹¹⁰.

La **parte séptima** de las Constituciones -central en esta reflexión- *de lo que toca a los ya admitidos en el cuerpo de la Compañía para con los prójimos repartiéndose en la viña de Cristo nuestro Señor*. En otras palabras se refiere especialmente a la misión apostólica de la Compañía y lo que tiene relación con sus miembros.

¹¹⁰ DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 117.

Sobre la intención de Ignacio -en el cuarto voto- de disponerse a las misiones de Su Santidad lo primero que se deja claro es que éste es “el fin propio de nuestro Instituto”; ya sea de un envío directo del Papa o de los Superiores de la Compañía”. Para asumir de buena forma esa inspiración del espíritu se ha de buscar a los “más aptos para tal misión” [Co, 611].

Sobre las misiones de Su Santidad, el enviado ha de estar dispuesto a *discurrir*, para donde “juzgase ser conveniente para mayor gloria divina y bien de las ánimas enviarlos entre fieles o infieles, no entendiendo la Compañía para algún lugar particular, sino para ser esparcida por el mundo por diversas regiones y lugares, deseando acertar más en esto con hacer la división de ellos el Sumo Pontífice” [Cf. Co, 603]. Se espera, además, que se “ofrezca su persona libremente” [Co, 609] sin pedir ayuda material para ello; que ha de mirar el “mayor bien universal” [Co, 611]; por el tiempo que Su Santidad vea conveniente [Cf. Co, 615]; que tenga iniciativa pastoral, sin descuidar la misión encomendada, se sugiere que “no será inconveniente hacer algunas salidas, si pudiere y le pareciere serían fructuosas en servicio de Dios nuestro Señor, para en los lugares vecinos ayudar a las ánimas” [Co, 616].

Las Constituciones son claras cuando se refieren a la responsabilidad del enviar, que no solo será del Romano Pontífice sino también de los Superiores de la Compañía [Co, 618]. Sobre los criterios del envío se hacen las siguientes indicaciones: es más divino buscar “el mayor servicio divino y bien universal”... ir donde “tiene más necesidad”... “donde es más verosímil que más se fructificará con los medios que usa la Compañía”... “donde hay mayor deuda, como es donde hubieses Casa o colegio de la Compañía”... ir a “aquellas personas y lugares que, siendo más aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros”... “donde se entendiese que el enemigo de Cristo nuestro Señor ha sembrado cizaña”... [Cf. Co 622].

Para acertar en la elección de los ministerios es importante que el Superior tenga en su mirada el “divino honor y el bien más universal”. Debe velar para que la Compañía se pueda “emplear en cosas donde se pretenden bienes espirituales y también donde los corporales, en que se ejercita la misericordia y la caridad”... con “más urgencia”... “donde incumben a la Compañía”... “obras más seguras”... donde existan “ocupaciones de bien más universal”... en “obras más durables y que siempre han

de aprovechar"...; buscando siempre el "servicio divino y bien más universal" [Co, 623]

Sobre las personas que sean enviadas, siempre con la asistencia del Espíritu Santo, se han de buscar "los que más convengan", "las más escogidas y de quién se tenga más confianza". Algunas indicaciones a considerar para hacer un envío, aparecen en el mismo texto de las Constituciones: donde puede haber más peligros espirituales, "personas probada en la virtud"; "que tenga autoridad y buen consejo"; "con personas de ingenio delgado y letras, se ha de enviar a personas de ingenio y capacidad de conversaciones", para el pueblo llano y sencillo, "los que tienen talento para predicar y confesar". Otras indicaciones: "sería bueno que no fuese uno solo, sino dos a lo menos"; enviar "un predicador... y uno que cogiese la mies"; "algunos menos ejercitados en el modo de proceder de la Compañía y en el tratar con los prójimos... con uno con más experiencia"; uno ferviente y animoso... con otro más circunspecto y recatado"; enviar más de dos "cuando la importancia de la obra que se pretende fuese más grande en servicio de Dios nuestro Señor" [Cf. Co, 624].

Sobre el tiempo del envío el criterio -cuando no hay limitación del Papa- va a depender de la "calidad de los negocios espirituales que se tratan e importancia de ellos mayor o menor, atenta a la necesidad y el fruto que se hace y se espera"; y cuando se ha de hacer mudanza el superior deben velar para que "queden en todo amor que con desedificación alguna" buscando siempre "honor y la gloria divina y bien más universal" [Cf. Co, 626].

Las exigencias, de buscar la edificación de los prójimos, no es solo para los misioneros sino para todos los que sean parte de esta *mínima Compañía*. Un ejemplo de ello se da en las instrucciones que se dan a los que vivan en Casas y Colegios de la orden, se espera de ellos: "que sean buen ejemplo" [Co, 637]; "que ayuden al prójimo... y oren por la Iglesia" [Co, 638]; "que ayuden en las misas y otros divinos oficios" [Co, 640]; "que administren los sacramentos, especialmente las confesiones" [Co, 642], "que propongan la palabra divina por medio de sermones, lecciones y en enseñar la doctrina cristiana" [Co, 645]; que puedan "predicar en otras iglesias, plazas o en otros lugares... para gloria divina" [Co, 647]; que puedan aprovechar a otros en "conversaciones pías" [Co, 648]; que puedan "dar los Ejercicios espirituales" [Co, 649]; que "practiquen obras de misericordia corporales... y puedan asistir a los pobres y prisioneros" [Co, 650]; que

“los que tengan talento para escribir que lo hagan” [Co, 653]; que “sobre los oficios en casa se supeditarán a la misión que se tenga” [Co, 654].

La centralidad de esta parte de las Constituciones se podría sintetizar en palabras de Ignasi Salvat, en su comentario a la séptima parte: “Servir en misión es la vocación a que fueron llamados Ignacio y sus primeros compañeros. Sus primeros votos en París les comprometieron a vivirla en Jerusalén y, si no era esto posible, a ponerse a la obediencia del Romano Pontífice para que les enviara allá donde él viera que se podía cumplir mejor su vocación de discurrir por el mundo y realizar el mayor servicio”¹¹¹.

La **octava parte** de las Constituciones trata *de lo que ayuda para unir a los repartidos con su cabeza y entre sí*. Ésta se inserta como continuación de las anteriores (principalmente la quinta, sexta y séptima). Y busca dar armonía y unidad al Cuerpo apostólico disperso por la misión. Cada jesuita, se espera, mantenga la unidad y se sienta responsable del cuerpo, por la obediencia y por el afecto -siguiendo el ejemplo de Ignacio y los primeros compañeros-. Solo así se conservará “el buen ser y proceder de esta Compañía” [Co, 657].

Para mantener la unión es necesario “el vínculo de la obediencia” a los Superiores [Co, 659]. En el caso de que alguno fuera “autor de división... se debe apartar con mucha diligencia” -despedir o trasladar de lugar- (Cf. Co, 665). Por lo tanto, para garantizar “la unión entre los miembros entre sí con la cabeza es el amor de Dios nuestro Señor”... puede también ayudar mucho “la uniformidad así en lo interior de doctrina y juicios y voluntades, en cuanto sea posible” [Co, 671]. También ayudará muy especialmente “la comunicación de letras misivas entre los inferiores y los Superiores” [Co, 673].

Además, para mantener la unidad del cuerpo apostólico, se busca que sus estructuras, institucionales y jurídicas le ayuden a ese fin. La Congregación General ha de buscar, sobre todo, ser una experiencia de la unión de los miembros con su cabeza y entre sí [Cf. Co, 677].

¹¹¹ S. ARZUBIALDE, J. CORELLA, J. M. GARCÍA LOMAS (eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 256.

La **novena parte** de las Constituciones está referida *a lo que toca a la cabeza y el gobierno que de ella descende* (ésta va en relación directa con la anterior y será el puente para entender la posterior). Dada la importancia de su rol de cara a la estructura y gobierno de la Compañía me extenderé en lo que significa su rol al interior del cuerpo, qué cualidades se requieren para este cargo y cuál es el servicio que debería prestar al interior de la Iglesia y de la Compañía.

Lo primero que nos dicen las Constituciones -sobre el Preósito General- es que su autoridad “será por vida, y no por tiempo determinado” [Co, 719]; desde esa perspectiva no cabría la posibilidad de la renuncia al cargo. Carlos Coupeau nos advierte de la novedad que significó en su momento ello cuando nos dice que: “la decisión de nombrar generales *ad vitam* difiere de la práctica de los mendicantes, aunque se acerca a la práctica monástica y al nombramiento de algunos cargos eclesiásticos”¹¹²; el texto explicita lo recomendable de una decisión así [Cf. Co, 720]. Sin embargo las mismas Constituciones abren la posibilidad que alguno pueda renunciar o ser removido de su cargo, pero sólo por causas fuertemente justificadas [Cf. Co 773- 774].

Haciendo una relectura de las Constituciones, sobre la importancia del General y del valor de las Congregaciones Generales, podemos deducir que para Ignacio es claro que no quiere que el nuevo cuerpo apostólico se someta a una consulta (o capítulo) sino a un Superior Mayor.

Sobre las cualidades del Superior Mayor esta novena parte nos dice: “que sea unido con Dios y familiar en la oración y todas sus operaciones” [Co, 723]; “que sea persona cuyo ejemplo en todas las virtudes ayude a todos los de la Compañía”; “que resplandezca en él la caridad para con todos los prójimos” [Co, 725]; “debe estar libre de todos los afectos desordenados, teniéndolos dominados y mortificados” [Co, 726]; “debe saber combinar de tal manera la rectitud y severidad necesaria con la benignidad y mansedumbre” [Co, 727]; “tener magnanimidad y fortaleza de ánimo que le es muy necesaria para sobrellevar las debilidades de muchos” [Co, 728]; “una buena formación le es muy necesaria a quien ha de gobernar a tantas personas de tantas cualidades”... más necesaria le es “la prudencia y la experiencia de las cosas espirituales e internas para

¹¹² COUPEAU DORRONSORO, J. C., *El Espíritu en la forma, las constituciones a la luz de la retórica*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2014, 295.

discernir” [Co, 729]; “que sea previsor y cuidadoso para comenzar las cosas, y firme para llevarlas hasta al final” [Co, 730]; “en lo que se refiere a su salud, su aspecto externo y su edad” [Co, 731]; “con respecto a las cosas externas se deben preferir las que más le pueden ayudar para su cargo y para la edificación y el servicio de Dios nuestro Señor. Tales suelen ser, entre todas las demás cosas, el crédito, la buena fama” [Co, 733]; “a lo menos que no le falte bondad mucha y amor a la Compañía, y buen juicio” [Co, 735]. Estos puntos muestran las cualidades espirituales, intelectuales y físicas que deberá tener el Profeso que asuma la misión de guiar al cuerpo de la Compañía de Jesús como Preósito General. Por tanto, para desempeñar de buena forma este rol, al interior del cuerpo apostólico, no sólo se requiere inteligencia y buena salud, sino sobre todo sensibilidad espiritual y apostólica, para que pueda velar por el buen ser de la Compañía y de su misión.

En esta ocasión no me detendré en la autoridad que conlleva el cargo de Preósito General [Cf. Co, 736 – 765], ni cuáles son sus atribuciones [Cf. Co, 766-775] o cómo se estructura su gobierno [Cf. Co, 778- 787]. Sin embargo, lo haré, brevemente, en lo que se espera del General para llevar cabo su servicio a la universal Compañía.

Se espera del Preósito General o Superior Mayor que: “ha de gobernar todo el cuerpo de la Compañía en manera que se conserve y aumente con la gracia el bien ser y proceder de ella a gloria de Dios nuestro Señor” [Co, 789]; “con el ejemplo de su vida y con la caridad y amor a la Compañía... debe confiar mucho en el Señor” [Co, 790]; “necesita buenos ministros para las cosas más particulares” [Co, 791]; “no se ocupen en negocios seculares” [Co, 793]; “ni tampoco en la ejecución de los particulares ministerios pertinentes a la Compañía” [Co, 795]; “tenga personas de confianza como provinciales” [Co, 797]; “tenga quién le ayude con recuerdo para la solicitud de atender a tantas cosas de su oficio” [Co, 798]; “tenga una persona que ordinariamente le acompañe (que sea memoria y manos)” [Co, 800]; “sea una persona de cuidado y juicio” [Co, 801]; “nombrar personas de lustre en letras y todas buenas partes que le asistiesen” [Co, 802]; “asistente serán cuatro por ahora... la determinación siempre estará en el general” [Co, 804].

Lo que se espera del Padre General es que “podrá entender lo que conviene a los Preósitos Provinciales, locales y Rectores de Colegios, cuanto a las partes, autoridad y oficio, y ayudas que debe tener, como podrá decirse en las reglas que a

los tales Preósitos particulares tocan” [Co, 811]. En otras palabras, lo que se espera del General se espera que sea el horizonte formativo y apostólico de cada jesuita. Para asumir la vida y vocación desde el seguimiento del rey eternal -en todo tiempo y lugar- se requiere radicalidad, entrega y un grande amor por Dios, la Iglesia y la Compañía. Solo de esa manera, al modo de Ignacio y los primeros compañeros, se cumplirá el fin del Instituto: *la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas*.

La **décima parte** de las Constituciones trata *de cómo se conservará y aumentará todo este cuerpo en su buen ser*. Es la más breve pero no por ello menos importante ya que aborda el futuro de la Compañía.

Se parte de la certeza que “no puede conservarse ni aumentarse con los medios humanos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro” [Co 812]. Por ello sólo en Él hay que poner la esperanza para “conservar y llevar adelante lo que dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas” [Ibídem].

Los medios naturales “que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los prójimos ayudarán universalmente para la conservación y aumento de todo el cuerpo” en cuanto cooperan con la divina gracia; sobre todo “la doctrina fundada y sólida” [Co, 814] y la gratuidad de los ministerios [Cf. Co, 816].

Para conservar y aumentar es necesario: cerrar “la puerta para pretender dignidad o prelación alguna directa o indirectamente dentro de la Compañía”, o “tampoco pretenderla fuera de ella [Cf. Co, 817]; no “admitir turba ni personas que no sean aptas para nuestro Instituto, aun a probación”... para que “no se disminuya ni debilite el espíritu” [Co, 819]; que los Superiores puedan “tener mucha autoridad sobre los súbditos” y que “tengan ministros convenientes... para la orden y ejecución de las cosas que tocan su oficio” [Co, 820]; se espera que exista “especialmente el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros” [Co, 821]; es necesaria “la moderación de los trabajos espirituales y corporales” [Co, 822]; se sirve procurar de “mantenerse siempre en el amor y caridad de todos, aun fuera de la Compañía” [Co, 823], principalmente “la benevolencia a la Sede Apostólica” [Co, 824]; ayudará, también, que se “tenga

advertencia a la conservación de la salud de los particulares” y finalmente, “que todos se den a guardar las Constituciones para lo cual es necesaria saberlas, a lo menos las que tocan a cada uno” [Co, 826].

Esta décima parte y final, que apunta a cuidar y aumentar el cuerpo apostólico de la Compañía para gloria divina y bien de la Iglesia, ofrece lo esencial de las Constituciones y del espíritu que las vivifica. Dado que “ella es la luz que ilumina cada parte, como también todo el proceso y la clave de su interpretación exacta. Algunos comentaristas proponen incluso comenzar la lectura de las Constituciones por esta décima parte”¹¹³. Por lo tanto se transforma en luz para el futuro, para la vida apostólica de la Compañía de Jesús la cual consiste en *ayudar a las almas*.

Recapitulación:

Las Constituciones son sin duda alguna el fruto de la oración y el discernimiento de Ignacio, “pero son también el resultado de las deliberaciones de los primeros compañeros. Ignacio discierne a la luz del Espíritu su experiencia personal de Loyola, Manresa, Jerusalén, París... pero también la experiencia vivida en común desde París a Roma. No todas las experiencias personales de Ignacio pasan a las Constituciones; las somete a un discernimiento que tiene como fin buscar lo que será útil, a gloria de Dios, para el cuerpo de la Compañía”¹¹⁴.

Ignacio de Loyola no dejó las *Constituciones* de la Compañía de Jesús cerradas definitivamente; al respecto el mismo Polanco nos dice que no lo hizo por humildad¹¹⁵. Sólo la primera Congregación General, reunida el año 1558, haciendo breves correcciones la aprobó. Sin embargo el texto definitivo que ha trascendido hasta

¹¹³ DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, cit, 204.

¹¹⁴ ROYÓN, E., “Las Constituciones en el Cuerpo de la Compañía, un espíritu y un camino para un cuerpo”, *Manresa* 78 (2006) 398.

¹¹⁵ Cf. *FNI*, 768.

nuestros días es de 1594. Ambos textos (1558 y 1594) se consideran hoy ediciones oficiales y auténticas.

Ciertamente en la *Fórmula del Instituto* y en las *Constituciones* está el ideal de vida religiosa de aquellos que quieran seguir la inspiración apostólica de Ignacio. Su valor “no es consecuencia de una austeridad ascética, sino de una experiencia que ha hecho sentir que tal vida está radicada en el Evangelio, porque produce mayor fuerza espiritual, más devoción y más semejanza con Jesucristo”¹¹⁶.

En este cuarto capítulo hemos sido testigos de cómo la *Fórmula del Instituto* y las *Constituciones* nos sitúan en lo central del carisma apostólico de la Compañía. En ella se invita explícitamente a los *hijos de Ignacio* a no centrarse solo en la propia salvación sino en la salvación de sus hermanos. Para que ello se haga efectivo es necesario que puedan conjugar en su vida la contemplación y la acción; el amor y el servicio... todo a mayor gloria de Dios y servicio de las almas.

¹¹⁶ GARCÍA MATEO, R., “Ignacio de Loyola: contemplación y misión”, cit, 33- 34.

Conclusión.

“Comenzó a meditar en la vida de Jesucristo nuestro Señor y a tener en ella devoción; y luego, en ese mismo punto tuvo deseos de ayudar al prójimo; y así lo hacía en pláticas y conversaciones particulares con los que podía. Esa es la oración de la Compañía...; que ha de ser, no para sí a solas, sino que se extienda al obrar y al tratar del aprovechamiento de las almas de los prójimos.

M Nad IV, 162.

Jerónimo Nadal, gran conocedor de Ignacio de Loyola y su pensamiento, transmitió con fuerza a sus hermanos jesuitas la importancia de Manresa, particularmente de la Ilustración del Cardoner, en la conversión al prójimo que vive Ignacio.

El presente trabajo llamado *inspiración apostólica de Ignacio de Loyola* ha pretendido dar cuenta de ese proceso espiritual que lo llevó a la noción de *ayudar a las almas*, que se convirtió en uno de los motores centrales de su vida y opciones.

En su proceso de fe y de conversión la iniciativa siempre la tuvo Dios. Ello ha quedado reflejado en la primera parte de esta presentación: Ignacio es el peregrino llamado por Dios para ayudar a las almas.

Su proceso espiritual no se quedó en él sino que lo movió al prójimo. Hemos sido testigos de cómo desde Manresa hasta el día de su muerte buscó aconsejar, colaborar, ayudar, amar y servir a las personas que fue encontrando en su peregrinar. Toda su vida fue atravesada por esta experiencia apostólica.

El modo de vida que llevó Ignacio y sus opciones vitales y pastorales, fueron llamando la atención de muchas personas. Sus palabras pero, sobre todo, su testimonio fueron inspirando a otros cristianos de su tiempo a vivir movidos por el mismo espíritu. Los amigos que encontró en Barcelona (su primer grupo); los colaboradores que lo acompañaron en Manresa, Barcelona y tantos lugares; sus *primeros compañeros* que, posteriormente a su encuentro en París dieron forma a la Compañía de Jesús... son la confirmación de esa inspiración. Estos puntos han quedado plasmados en el segundo capítulo.

La gracia que recibió Ignacio permeó toda su vida. Incluso en sus escritos más espirituales, a los que me he referido en el tercer capítulo, evidencian lo que tiene en el corazón y en la mente: *ayudar a las almas*. Su deseo de servir a su prójimo, no importando su condición social, es algo central y no accesorio en su vida.

En la vida del peregrino se vislumbran valores y modos de conductas que se convierten en una referencia obligatoria para quienes buscan continuar con su espiritualidad. Ellos fueron compartidos por sus *primeros compañeros* y se buscaron recoger y poner por escrito, como referencia para la naciente orden religiosa.

El capítulo cuarto, de este trabajo, buscó recoger los textos centrales de *la institucionalización del carisma apostólico de la Compañía de Jesús*. Los cuales se convierten en el horizonte -puesto por Ignacio y sus *amigos en el Señor*- al que deben aspirar todos los jesuitas, desde el momento de su ingreso a la Compañía; porque reflejan el modo de proceder del cuerpo apostólico.

En el conjunto de este trabajo ha quedado en evidencia el carisma del fundador: Ignacio de Loyola. Su vida y su modo de seguir a Jesús se ponen al servicio de la Iglesia y de tantos hombres y mujeres que buscan con honestidad vivir conformes a la voluntad de Dios apropiándose de este modo particular; el cual se hace transmisible y perdurable en el tiempo por la acción del Espíritu Santo.

Es necesario volver a señalar que la óptica de entrada al carisma de Ignacio, que se ha considerado, es lo relacionado con su dimensión apostólica. Desde ahí hemos recorrido, en estas páginas, su vida y sus escritos más relevantes; ambos muy presentes en la configuración de la Compañía.

Al inicio de esta aventura me planteé tres objetivos que espero, de verdad, hayan sido abordados.

El primero era sopesar y poner por escrito la experiencia de Dios vivida por el peregrino. Creo que al considerar la vida de Ignacio desde Pamplona, donde fue herido gravemente, hasta la redacción de las Constituciones, deteniéndonos en sus escritos principales, nos dan muestra de ese proceso. Basta traer a la memoria el relato de Manresa, de la Storta, de Jerusalén, de Roma, etc. para ilustrar este punto.

El segundo era considerar los efectos que trajo consigo, en su proceso espiritual, la gracia recibida por Ignacio en Manresa de *ayudar a las almas*. En este sentido es necesario tener presente, como lo señalé anteriormente, el rol que empezaron a jugar en su vida las personas que le rodean (compañeros, colaboradores) y los que va encontrando en su peregrinar (pobres, estudiantes, monjes, autoridades eclesiásticas y civiles...); también su deseo de estudiar después de su vuelta de Jerusalén; el bien que hizo a sus primeros compañeros; las cartas que escribió; sus diversos escritos (Ejercicios, Fórmula del Instituto; Constituciones...), etc.

El tercer objetivo era acercarse a los escritos más significativos de Ignacio, como experiencia espiritual y corporativa. Creo que el capítulo tercero y cuarto abordan esos relatos, que para nosotros son fuentes centrales del carisma ignaciano. A mi modo de ver, aunque consciente de los límites de mi investigación, podemos vislumbrar parte central de las ideas de Ignacio y de los primeros compañero. Y beber de ellas para fortalecer la propia vinculación a Jesús, a la Iglesia y al cuerpo de la Compañía. Las largas páginas de estos apartados nos muestran parte importancia de la riqueza de estos escritos.

Este trabajo ha tenido la pretensión de acercarse a la particularidad de este carisma apostólico tan propio de la Compañía. Soy consciente que para entender mejor su novedad es necesario, por una parte, situar esta inspiración en un contexto eclesial más amplio y, por otra, considerar cómo se fueron historizando sus grandes intuiciones. Ambas cuestiones, por ahora, quedarán pendientes; hacerlo, en algún momento futuro, ciertamente ayudará al lector a tener un acercamiento más acabado del aporte de Ignacio y su espiritualidad, en la Iglesia y en la humanidad.

Antes de finalizar es necesario señalar que la Compañía de Jesús, tratando de ser fiel a Dios y siguiendo como modelo de seguimiento de Jesús a su fundador, ha de tener presente -en su modo de proceder- este sello apostólico; el cual se encuentra en las fuentes de su fundación. Es por ello que: la itinerancia, la disponibilidad, la obediencia, el cuarto voto, las misiones, la formación, la oración, etc. deben estar permeadas de esta gracia del Espíritu.

Para Ignacio primero, después para los primeros compañeros y para los que vendrán posteriormente la dimensión apostólica es esencial al carisma fundacional; por lo mismo es parte de su identidad y del modo que tienen de servir en la Iglesia y a la humanidad. Solo entendiendo el sentido de esta afirmación podremos sostener que para un jesuita su acción apostólica -el “ayudar a las almas”- es el modo de realizar su unión con el Señor y así promover su gloria. Por lo tanto, todo lo que haga o deje de hacer, el apóstol de la Compañía, debe ser *a mayor gloria de Dios, al mayor servicio del prójimo y buscando siempre el bien más universal.*

Bibliografía.

ALDAMA, A., *Notas para un comentario a la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús*, Centrum Ignatianum Spiritualitatis (CIS), Roma 1981.

ARZUBIALDE, S., *Ejercicios Espirituales de San Ignacio, historia y análisis*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao- Santander 2009².

ARZUBIALDE S.; J CORELLA; JM GARCÍA LOMAS. (eds.), *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 1993.

COUPEAU DORRONSORO, J, C., *El Espíritu en la forma, las constituciones a la luz de la retórica*, Mensajero – Sal Terrae- Universidad de Comillas, Bilbao- Santander- Madrid 2014.

DALMASES, C., *El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana*, BAC, Madrid 2006.

DE JAER, A., *Formar un cuerpo para la misión, lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao 2011.

GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero- Sal Terrae, Bilbao 2007². – Santander.

GARCIA DE CASTRO, J., “Cartas”, en DEI, 294- 306, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

GUILLEN, T., “Contemplación”, en DEI, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

RAMBLA, J., “Autobiografía”, en DEI, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

THIÓ, S., “Diario espiritual”, en DEI, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

CONWELL, J., “Deliberaciones 1539”, en DEI, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

CORELLA, J., “Fórmula del Instituto”, en DEI, GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed).

GARCÍA DE CASTRO, J., “Los primeros de París, amistad, carisma y pauta”, *Manresa* 78 (2006).

GARCÍA HERNÁN, E., *Ignacio de Loyola*, Santillana Ediciones Generales, Madrid-España, 2013.

GARCÍA MATEO, R., *Ignacio de Loyola: contemplación y misión*, GBP (Gregorian & Biblical Press), Roma 2011.

GARCÍA VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola, nueva biografía*, BAC, Madrid 1986.

IGNACIO DE LOYOLA., *Obras*, BAC (Maior), Madrid 2013. Introducción, notas y comentarios de Cándido de Dalmases.

Autobiografía; Cartas e instrucciones; Constituciones de la Compañía de Jesús; Diario espiritual; Ejercicios espirituales.

ITURRIOZ, J., “Dos líneas de obediencia en la Compañía de Jesús”, *Manresa* 43 (1971).

LÓPEZ GUZMÁN, M., “Lo que más conduce”, *Manresa* 82 (2010) 262.

MONUMENTA HISTÓRICA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Fontes Documentales de santo Ignatio de Loyola. Roma 1977.

Fontes Narrativi de santo Ignatio de Loyola... 4 vols. Roma 1943- 1965.

Scripta de Sancto Ignacio de Loyola... 2 vols. 1904- 1918.

Monumenta Constitutionum... 3 vols. Roma 1934- 1938.

Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Iesu historia... 6 vols. Madrid 1894-1898.

Sumario de las cosas más notables a la institución y progreso de la Compañía de Jesús de Polanco. Roma 1943.

Monumenta Bobadillae. Madrid 1913 (reimp. 1970).

Monumenta Natalis... 5 vols. Madrid- Roma 1868- 1962.

Monumenta Ribadeneira... 2 vols. Madrid 1920- 1923.

RAMBLA, J. M., *El Peregrino, autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Mensajero – Sal Terrae- Universidad de Comillas, Bilbao- Santander- Madrid 2015².

RODRIGUES, S., *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, en ALONSO, E. (ed.), Mensajero – Sal Terrae, Bilbao- Santander 2005.

ROYÓN, E., “Las Constituciones en el Cuerpo de la Compañía, un espíritu y un camino para un cuerpo”, *Manresa* 78 (2006) 398.

ROYÓN, E., La misión en la dinámica de los Ejercicios, en GARCÍA LOMAS, J. (ed.), *Ejercicios y Espirituales mundo de hoy*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao- Santander 1991.

RUIZ JURADO, M., *El peregrino de la voluntad de Dios, biografía espiritual de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid- España, 2005.

SALVAT, I., “Ayudar a las ánimas. La misión, horizonte objetivador de la espiritualidad ignaciana”, *Manresa* 80 (2008) 141.

TELLECHEA, J., *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Sígueme, Salamanca 2009¹¹.